

96
EDAD AU
CIÓN GE

4

BT 698

K3

1871

C. I.

AL

01209



1080023171



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

7/11/97. d. / i. v.
&



EL UNIVERSO,
DIOS Y EL HOMBRE

6

CREACION, CREADOR, Y CREATURAS

POR R. KAEPPELIN.

TRADUCCION DE J. M. F. V.

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

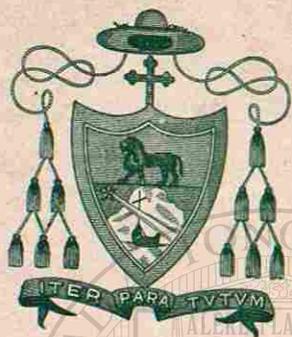
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO.



TIP. DE LA SOCIEDAD ARTISTICO-INDUSTRIAL,
A CARGO DE EPIFANIO OROZCO.

1871.1111A

48093



B7696
K3
1871

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LIBRO PRIMERO.

EL UNIVERSO.

CAPITULO I.

EL TIEMPO.

De todas las ideas abstractas, una de las mas difíciles de comprender por la inteligencia humana, es la del tiempo. En efecto, no adquirimos esa idea, sino viendo los hechos que observamos sucederse unos á otros en intervalos mas ó menos inmediatos, y así es como llegamos á concebir el pensamiento del pasado, del presente y del porvenir. De todas las apreciaciones de este género, la que mas vi-

012049

vamente ha debido asombrar la inteligencia del hombre, es la aparicion periódica y alternativa del dia y de la noche, ver regularmente levantarse el sol en el horizonte, recorrer en el cielo su arco inmenso é ir á ocultarse en el Poniente. Esto le enseñó á conocer y á medir los dias como aprendió mas tarde á medir el año viendo ese astro aparecer sucesivamente en diferentes puntos del horizonte, para no volver al mismo lugar, sino despues de haber efectuado trescientas sesenta y cinco de esas evoluciones regulares.

Observando los grandes fenómenos celestes, se ha llegado á determinar, la duracion mayor ó menor, que nos hace encontrar los diversos astros en los mismos puntos del espacio, y por consecuencia á concebir la idea de períodos de tiempo mas ó menos considerables. En efecto, mientras vemos que la luna no emplea mas que veintinueve dias y medio en recorrer su órbita al rededor de la tierra, podemos asegurar que Mercurio gira al derredor del Sol en ochenta y ocho dias, Vé-nus en doscientos veinticinco, Marte en seiscientos ochenta y siete, Júpiter en doce años, Saturno en veintinueve, Urano en ochenta y

cuatro y Neptuno en ciento sesenta y cinco.

Si la observacion de los fenómenos celestes nos enseña á apreciar la duracion, el estudio de la historia tambien nos lo enseña, de una manera menos corta pero mas apropiada tal vez á nuestra naturaleza, puesto que vemos sucederse numerosas séries de existencias humanas. Sin embargo, en este último medio de apreciacion, todo es vago é indeciso, desde que avanzamos hácia las primitivas edades de la humanidad; por que mientras algunos pueblos del Oriente poseen anales cuyo origen se remonta á un centenar de siglos, las naciones europeas no conceden mas que seis mil años de edad á la raza humana.

La historia de los hombres no nos hace conocer mas que un período de algunos miles de años. No sucede lo mismo con la historia del globo terrestre, historia que se nos manifiesta por los grandes fenómenos geológicos que han conducido á la tierra al estado en que hoy se encuentra, partiendo de una época en que no era completamente mas que una inmensa maza de materia incandescente, en fusion ignea. En efecto, Tourier ha demostrado que un globo incandecente del diámetro de

la tierra, aislado en el espacio no puede llegar á la temperatura actual del nuestro, sino es por un enfriamiento continuo, cuya duracion no puede ser menor de muchos miles de años. Así es, que desde que la superficie del globo terrestre se cubrió por efecto del enfriamiento, de la primera costra solidificada, transcurrieron cinco grandes épocas caracterizadas cada una por la formacion de terrenos especiales y de creaciones orgánicas particulares, á saber: 1º los terrenos intermedios y la generacion trilobítica; (1) 2º los terrenos secundarios y la generacion megalosauriana; (2) 3º los terrenos terciarios y la raza paleocoteriana; (3) 4º los terrenos cuaternarios y la raza mamúthica; (4) 5º los terrenos modernos y la raza antrópica (5) compuesta del hombre y de todas las especies animales y vegetales, que actualmente habitan la tierra con él.

Observando la magnitud de los resultados geológicos producidos durante cada una de las cuatro épocas que precedieron á la creacion de la raza humana, no es posible admitir para la duracion de cada una de ellas un número inferior á millares de siglos.

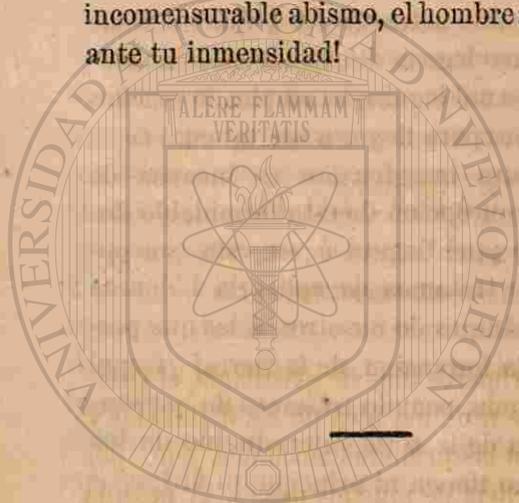
Nos vemos pues obligados á reconocer que

nuestro globo desde el momento en que se hallaba enteramente en el estado de fusion incandescente, privado de la débil costra sólida que lo cubre actualmente y que no tiene mas que cinco leguas de espesor sobre un diámetro de tres mil leguas, ha empleado muchos miles de años para llegar á ser tal cual es,

Ya nuestra imaginacion es incapaz de abarcar la concepcion de esta formidable duracion; pero ¿qué llegará á ser esta concepcion cuando tratamos de aplicarla á épocas aún mas distantes de nosotros, á las que precedieron á la formacion de la tierra? ¿y qué será sobre todo, cuando tratemos de presentarle la idea de la série interminable de los siglos que no tienen ni principio ni fin?

Ante el abismo de la eternidad que se abre entonces á nuestra imaginacion, nuestra inteligencia confundida, se detiene espantada de su debilidad opuesta á la infinidad del tiempo, y nuestros labios murmuran casi con espanto estas palabras, que no espresan mas que nuestra impotencia: siempre y siempre, en lo pasado, y en el porvenir nunca y nunca! Siempre y siempre los siglos, y los siglos nunca. Nada de principio ni fin! ¡Y en el seno de esta

eternidad sin límites y sin fondo, un relámpago de existencia terrestre para cada uno de nosotros! ¡Eternidad, infinidad de los tiempos, incommensurable abismo, el hombre se anonada ante tu inmensidad!



CAPITULO II.

EL ESPACIO.

En sus primeros días de existencia, el hombre no tiene ninguna idea de las distancias y no adquiere las primeras nociones, sino por una experiencia de muchos meses. A medida que adelanta en la vida, se completa esta experiencia, y muy pronto se halla en estado de apreciar los espacios que lo separan de los objetos, sobre que puede estender su vista.

Establecidas en su imaginacion estas apreciaciones de las distancias visibles, las aplica á las que se escapan á la percepcion de nuestros sentidos; pero esta aplicacion llega á ser de una concepcion mas y mas difícil á medida que aumenta la estension de que es objeto,

y mientras que nuestro pensamiento nos representa fácilmente la longitud de un metro ó de un kilómetro, no se figura mas que de una manera mas y mas vaga y confusa, una estension de cien ó mil leguas. Así pues, la concepcion precisa de los grandes espacios que la ciencia ha sabido medir en la tierra ó en los cielos, es completamente imposible para nosotros. ¿Cómo podria nuestra imaginacion abarcar de manera precisa la imagen de las nueve mil leguas que forman la circunferencia de la tierra, y con menos razon la de las noventa mil leguas que la separan de la luna, y la de los treinta y nueve millones de leguas que constituyen la distancia media del sol!

Esta insuficiencia de nuestro pensamiento se encuentra en todas las apreciaciones de los espacios celestes, tales como los catorce millones de leguas que separan al sol de Mercurio, los veinte y siete millones que lo separan de Vénus, los cincuenta y ocho de Marte, los doscientos de Júpiter, los trescientos sesenta y dos de Saturno, los setecientos veinte y ocho de Urano y los mil cien millones de leguas que lo separan de Neptuno.

La inmensidad de esas estensiones nos hace comprender ya, como el globo que habitamos, y que nos parece tan enorme por comparacion á nuestra ínfima pequeñez, es de una dimension imperceptible en el seno del espacio. Pero ¿qué son esas distancias de nuestro sistema solar cuándo las comparamos á los espacios que las separan de esos otros soles innumerables que aparecen en el firmamento con el nombre de estrellas y de las que mas inmediatas á nosotros estan á una distancia de cosa de siete millones de millones de leguas? Porque mas allá de esas estrellas fijas las mas inmediatas se presentan otras mas y mas distantes que la astronomía divide en diez y seis séries, segun su tamaño, y de las cuales las del último tamaño estan á una distancia de trescientas sesenta y dos veces mayor que las del primer tamaño, es decir á dos mil quinientos treinta y cuatro millones de millones de leguas.

Estos son los límites á que pueden alcanzar nuestros telescopios; pero el espacio no tiene límites y continúa mas allá de esas inmensas estensiones abriéndose siempre y siempre ante nuestra imaginacion, y formando insonda-

bles é interminables abismos, que como los de la eternidad, no tienen principio ni fin.

¿Cómo traducir el pensamiento que tratamos de explicar, elevando nuestra inteligencia á la concepcion del espacio? Seria hacerlo muy débilmente, diciendo: que si, en una direccion cualquiera se avanzase en línea recta durante la eternidad del tiempo, se tendria siempre delante la inagotable infinidad del espacio.

CAPITULO III.

LOS MUNDOS.

En el seno de esas dos infinidades del tiempo y del espacio, la mano del creador ha dispersado los mundos cuyo conjunto designamos con el nombre del Universo. Nuestro sol no es mas que una estrella como las otras, y estas tienen sin duda como él, su sistema particular de planetas y de satélites. ¿Qué multitud de globos celestes no constituyen de este modo, ese número inmenso de estrellas que podemos distinguir desde la tierra, y de las que como acabamos de decir, las mas distantes que podemos percibir, están á dos mil quinientos treinta y cuatro millones de millones de leguas! Mas ¿cómo suponer que el Universo termina

donde nuestros sentidos encuentran su límites de percepcion? Siguiendo con nuestro pensamiento, esa graduacion de las distancias que nos presentan sucesivamente las estrellas mas y más numerosas que forman las diez y seis séries de tamaño, ¿no debemos adquirir la conviccion de que mas allá de la décima sesta série, que no es mas que el límite de nuestros descubrimientos telescópicos, existen sin duda otros astros que se suceden indefinidamente en los espacios?

La idea mas racional que podemos formarnos del Universo es sin contradiccion, la de que el espacio entero, en su infinita extension, está poblado de globos celestes, como lo está la pequeña parte de la inmensidad en que se haya nuestro planeta. Esa idea nos conduce á reconocer que el Universo es infinito como el tiempo y como el espacio, y que atravesando este enteramente en línea recta, en una direccion cualquiera, se encontrarian siempre nuevos sistemas solares, cuya continuidad sin fin, no seria interrumpida mas que por las distancias que mediasen entre unos y otros. A travez de esos intervalos, los globos celestes estan ligados entre sí por la atraccion

que arregla sus movimientos y por la sustancia etérea que les sirve para derramar á lo lejos los efectos de esos fluidos imponderables que designamos con los nombres de calor y de luz. ¡Qué maravilloso es ver á los astros derramar su luz de esta manera con una celeridad de ochenta mil leguas por segundo, á travez del espacio por medio de una sustancialidad impalpable é imponderable enteramente diferente de la materia, y con una rapidez tal que hace en una hora el camino que una bala de coñon no haria sino en un siglo! ¡Qué maravilloso, el reflexionar que no obstante esa asombrosa celeridad, necesita la luz mas de medio cuarto de hora para llegarnos del sol; cosa de cuatro años para llegarnos desde las estrellas mas inmediatas y quince siglos para llegar hasta á nosotros desde las estrellas de la décima sexta dimension!

CAPITULO IV.

LOS SERES ORGANIZADOS.

La tierra, como hemos dicho ántes, es una esféroide de tres mil leguas de diámetro formada de una masa fluida, incandescente, y cubierta de una delgada costra sólida cuyo espesor es de cinco leguas á lo mas. Esta costra se compone de un conjunto de capas sucesivas formadas de diversas materias minerales, que deben su origen, unas á los fuegos interiores, otras á la accion ya lenta, ya violenta de las aguas. Estas ocupan cerca de las tres cuartas partes de la superficie del globo, que cubren de vastos mares y surcan de numerosos rios. El resto de la superficie forma los continentes y las islas, con sus cade-

nas de montañas, sus valles y sus llanos. Una capa de aire de catorce leguas de altura envuelve completamente la tierra.

Estudiando las capas de materias minerales que forman la costra terrestre, se han descubierto los restos fósiles de innumerables animales y de plantas que han poblado el globo sucesivamente, durante las cuatro épocas que precedentemente hemos señalado, como anteriores á la época actual.

Entre las cuatro generaciones de seres vivos, correspondientes á las cuatro edades de la tierra y cuya organizacion ha sido mas y mas perfecta, las hubo tan populosas, que de sus restos se han formado, en la costra terrestre, inmensos terrenos, á cuya produccion han debido concurrir tan innumerables individuos, que ninguna cifra ni lengua humana podrian enunciar su inmensa multitud.

Estos hechos nos demuestran: que cuando lo permitieron las condiciones físicas del globo, fué habitado por seres vivos, esparcidos en sus aguas y en sus tierras, y que innumerables pueblos de animales y de plantas se han sucedido constantemente en su superficie. Lo que acabamos de decir del pasado de la tier-

ra, se aplica igualmente á su estado actual, porque la vemos poblada por todas partes de una multitud infinita de séres vivos de toda especie y de todos tamaños, desde el *moho*, (6) microscópico, hasta el gigantesco *baoba* (7) desde los aradores (8) y las mónades, (9), hasta las colosales ballenas. Todos estos séres viven en los aires, en las aguas y sobre las aguas, en la superficie y en lo interior de la tierra, ó unos sobre otros, ó unos dentro de otros. Ningun medio permitiría calcular esta innumerable multitud de existencias esparcidas en todos los puntos del globo que habitamos, y entre las cuales, la raza humana se señala por su poder sobre las demás.

Es pues, evidente, para todo individuo que reflexione, que, desde el momento en que el globo salió de su estado de ignición completa, hace miles de siglos, el Creador quiso que fuese poblado de séres vivos, por todas partes y siempre, y que esta creacion orgánica, fuese infinitamente variada y tan diversa como numerosa.

El conocimiento de esta ley incontestablemente establecida para la tierra, ¿no nos induce á pensar y creer que éste globo no debe

haber sido el único teatro de tantas existencias vivas? ¿Cómo se podría admitir que éste punto imperceptible del Universo, sea el único en que Dios haya querido derramar la vida con tanta profusion? O esa multitud de existencias no tiene objeto alguno, ¿y entonces, para qué sería? ó tiene un objeto real, y en este caso, ¿cómo se encontraría limitada á tan ínfima porcion del Universo? Y en definitiva, ¿de qué serviría toda esa sublime creacion de globos celestes, si no están destinados mas que á ser vastas máquinas que rueden perfectamente en el espacio, girando sin cesar con sus superficies tristes, desiertas y desheredadas de toda animacion? Evidentemente la ley de Dios, sobre la tierra, es derramar la vida siempre, y por todas partes, y para los demás mundos esta ley sería la negacion de la vida! No, no puede ser así; es preciso que la divina ley de una vitalidad general se aplique al Universo entero.

Ningun organismo, conocido de nosotros sin duda, puede existir sobre los soles, ni sobre esos planetas y satélites que están privados de atmósferas y espuestos á calores muy ardientes, ó á frios demasiado escesivos. No;

ninguna organizacion semejante á la que poseen los animales y las plantas terrestres es posible fuera de la tierra, así como tampoco en esta habria podido vivir ninguna de las cinco generaciones de séres vivos que ha tenido ya, fuera de las condiciones especiales que cada una de ellas encontraba durante la época ó período de siglos, durante la cual ha existido. Pero, ¿quién entre los hombres conoce los límites de las variaciones de forma y de constitucion bajo las cuales puede manifestarse el organismo? ¿Quién entre nosotros fijará los límites de las diversas condiciones que puede afectar la vitalidad? Y puesto que vemos que en el espacio tan reducido que comprende la superficie terrestre, el Creador ha variado el organismo casi hasta lo infinito, ¿no seria una locura suponer que en los otros mundos, hubiese reproducido servilmente los séres que habitan y animan el nuestro, en lugar de animarlos á ellos tambien con séres de una vitalidad absolutamente diferente en su naturaleza, en sus formas y en su constitucion? Demasiado cierto es, que no tenemos ni podemos tener ninguna idea de organizaciones diferentes de las que conoce-

mos sobre la tierra; pero, ¿es esto suficiente motivo para despreciar ó negar su probabilidad? y si las consideraciones que acabamos de enunciar nos inducen á estender los límites de la creacion viva, fuera del espacio tan reducido, ocupado por la tierra, se osará rechazarlas, y porque se ignora lo que puede haber en lo exterior, se debe asegurar temerariamente que nada hay?

Vosotros que reconocéis el infinito poder del Creador y que habeis elevado vuestro espíritu investigando la concepcion de la inmensidad del Universo, no creais que nada hay. Vosotros que sabeis que la tierra está poblada en cada punto de su superficie por una vitalidad tan variada como innumerable, no creais que nada hay; creed mas bien, como lo indica la razon, que esa misma variedad y esa multitud de existencias diversas y diferentes de las nuestras, se estienden mas allá de los límites ínfimos de nuestro globo, para animar y vivificar los mundos del Universo entero. ®

dar cuenta, de una manera sucinta y rápida, de algunas reflexiones sobre el principio impalpable, que constituye esencialmente el ser animado y que se designa bajo los diferentes nombres de alma, de espíritu, de inteligencia y de instinto. Recordaré en dos palabras, que se reservan las dos primeras calificaciones para el hombre solamente; que apenas se otorga la tercera á algunos animales, y que generalmente á estos no se concede mas que el instinto, es decir, cierto poder de accion muy limitado, inherente á las necesidades físicas, privadas de toda perfectibilidad.

Desde que la materia está organizada, es susceptible de movimientos interiores y de desarrollo, y á esto es á lo que se limita la vitalidad de las plantas; pero tan pronto como esta materia organizada, debe ser capaz de producir movimientos exteriores, es decir, de traslacion y llega á ser susceptible de sentir ciertas influencias de parte de los objetos exteriores, facultad que espresamos con el nombre de sensibilidad, es preciso que esté animada de una esencia particular, que es diferente de la materia misma, y está unida á

CAPITULO V.

LAS INTELIGENCIAS.

En lo que precede, no he podido encontrarme en oposicion, mas que con los que, en lugar de admitir que el hombre ha sido creado para ocupar su lugar en el Universo, creen por el contrario, que el Universo ha sido creado únicamente para el hombre, la tierra para servirle de palacio, y todos los demás globos celestes para formar á este palacio un espléndido sistema de iluminacion.

En el nuevo orden de ideas que voy á examinar, encontraré oposiciones mas variadas, y tratándolo, cuento con la benevolencia que se debe á todo pensamiento honrado, concedido y lealmente enunciado. Voy á tratar de

ésta por una indispensable reciprocidad de servicios mútuos. En efecto, así como esta esencia inmaterial sirve á la materia organizada á que está ligada, para producir acciones voluntarias y percibir sensaciones, no es capaz de ejercer esta voluntad de accion y de sentir las impresiones de las causas exteriores, sino por medio de la materia organizada que anima. Esta union absoluta de la materia organizada á un principio inmaterial, es la que constituye la vitalidad animal.

Para el naturalista que quiere limitarse á la observacion de los hechos fisiológicos, este principio no es mas que una facultad inherente á cierto desarrollo del organismo, para la mayor parte de los hombres, es así en todos los animales diferentes de la raza humana, y no admiten este principio como distinto de la materia, y como esencia mas que en la humanidad. Para estos últimos, es *alma* en el hombre, é *instinto* en la béstia. En los animales de una organizacion simple, no se manifiesta efectivamente, mas que las facultades instintivas, que tienen por objeto hacerles buscar todo lo que es útil, y evitar todo lo que es perjudicial. Desde que comienza el organis-

mo animal, el instinto resulta en proporcion del desarrollo de este organismo. Así es, como el pólipo, privado de vista y de traslacion, sabe, sin embargo, tomar la presa que debe alimentarlo; el insecto sabe escojer los lugares en donde debe depositar sus huevos, á fin de asegurar la existencia de las larvas que deben salir mas tarde, y que sabrán desarrollarse como lo hicieron sus padres antes que ellos; los pajarillos saben romper el cascaron del huevo en que se encierran, y mas tarde, llegando á adultos, construir nidos siempre semejantes á los de su especie; las tortugas marinas abandonan las arenas en donde han nacido, para dirigirse, por el camino mas corto, hácia el elemento donde deben vivir; el feto del hombre, agitarse en el seno de su madre para tomar la posicion mas cómoda; el mamífero, tomar desde el principio la ubre que debe alimentarlo; y así es, por último, como en sus grandes emigraciones, los animales saben dirigirse con certidumbre hácia el objeto de sus lejanos viajes.

A medida que se perfecciona el organismo, las facultades puramente instintivas dan lugar á manifestaciones de un órden mas eleva-

do; á cualidades que no pertenecen solamente á todos los séres de una misma especie, como una ley que les es común é indispensable, sino que son especiales á cada individuo de esta especie, y entonces estos individuos están dotados de inteligencia.

Por la inteligencia es por la que los séres organizados son capaces de concebir ideas, de combinarlas entre sí, de hacer comparaciones, de manifestar voluntad y de determinarse á series de acciones que concurren á un objeto determinado.

No entraré en la larga enumeracion de los hechos observados sobre los animales y que se reconoce, no pueden ser el resultado de facultades puramente instintivas, sino como necesariamente producidos por una combinacion de ideas particulares, absolutamente diferentes del instinto. Seria preciso para esto, escribir la historia de todos los mamíferos y aves, y de innumerables reptiles, pescados y de insectos; y mas particularmente la del elefante, del caballo, del perro, de los monos, de los castores, de las abejas y de las hormigas, y seria repetir lo que se ha observado y descrito tantas veces. No insistiré mas que un

momento sobre la necesidad que hay de reconocer la insuficiencia del instinto, para explicar un gran número de sus acciones, y justificar que no pueden ser producidos mas que por una inteligencia mas ó menos desarrollada, y absolutamente semejante en sus límites, comparativamente reducidos á la que posee el hombre. Digamos, pues, rápidamente algunas palabras.

Siendo el instinto la facultad de hacer lo que es útil á una especie ó á un individuo, pero segun una ley constante y siempre de la misma manera, no puede evidentemente considerarse como el motor de esos cambios de trabajos observados frecuentemente en las colmenas, en las que las abejas saben evitar por medio de combinaciones particulares, accidentes imprevistos, nuevos y enteramente escepcionales. ¿Es el instinto el que podria bastar á las hormigas, en las batallas ordenadas que dan, para formar sus líneas de batalla, sus alas destinadas á flanquear las posiciones enemigas, sus cuerpos de reserva, y sus ambulancias para los heridos? En el terreno en que combaten, todo es nuevo para ellas, y nada puede hacerse, como si se hubie-

se hecho anteriormente; es preciso moodificar y combinarlo todo.—¿Y no todo está tambien por combinarse y modificarse, segun las localidades, en esos grandes trabajos de diques, que ejecutan los castores, (10) y á los que las circunstancias actuales imponen necesariamente cada vez nuevas condiciones?

Si de los animales que viven en sociedad ocupados en trabajos comunes, pasamos á los que no se reunen con este objeto, encontramos una multitud de hechos que no son posibles sino por la aplicacion de un razonamiento continuo, lo que es esencialmente contrario al instinto. No puedo resistir al deseo de citar algunos rasgos de este género, á pesar de la inutilidad de estas citas para todos los que están acostumbrados á observar á los animales de las clases superiores. No los tomaré entre individuos que han sido desarrollados por la educacion, tales como los caballos y elefantes de nuestros circos, los perros del Monte de San Bernardo y los de Terranova, ó los perros, las cabras y los monos de nuestros bateleros, educacion que, dígame lo que se dijere, es una prueba de perfectibilidad individual. Los escojeré de preferen-

cia en actos espontáneos, sobre los que la accion del hombre no tiene influencia alguna. Citemos pues, mas bien para interesarnos un momento, que para demostrar lo que es conocido de todos.

No recordaré mas que como memoria, el perro de Montargis, el leon de Androcles, y otros muchos animales que se han señalado por actos de adhesion razonada y de notable inteligencia.

En 1821, en Paris, un jóven dependiente de una casa de comercio, monta un caballo que se le confia, para ir á cobrar una cantidad de dinero; desempeña su comision, pero antes de llegar á su casa, quiere dar agua á su caballo en el abrevadero del Puente Nuevo y desde allí cae al agua y se ahoga. El caballo vuelve entonces á la casa en la que el jóven habia recibido el dinero, y llama la atención por sus relinchos y brincos; se asombran, se alarman y un criado monta el propio caballo dejándolo en toda libertad; inmediatamente el valeroso animal toma al galope el camino del Sena, se arroja á nado y se detiene en el lugar en que el jóven habia desapare-

cido y en donde se encuentra su cadáver y el saco del dinero que conducía.

Los perros de un cazador acostumbrados á no salir sino en ciertos dias, tomados periódicamente en la semana, saben prontamente distinguir estos dias; es preciso pues que *cuenten* los que forman los intervalos, aun cuando estos son desiguales entre sí, como sucede por ejemplo, para los tres dias que corren del domingo al juéves, y los dos únicos que separan al juéves del domingo.

Un elefante del Jardin de Plantas de Paris, en 1823, veía que frecuentemente le robaba el pan que le arrojaban los curiosos, un perro del establecimiento; para castigar su mal proceder, lo espiaba, lo sorprendia repentinamente, lo tomaba con la trompa, lo llevaba á la fuente en la que lo sumergia; despues de haberle dado aquel baño forzado de algunos instantes, lo sacaba, colocándolo en el suelo con la mayor suavidad y lo dejaba huir. Sabia pues calcular el tiempo que el perro podia permanecer dentro del agua sin morir, porque evidentemente lo que queria era corregirlo y no hacerlo perecer. Agregaré que la correccion solo servia por algun tiempo, y

que por consecuencia se renovaba con bastante frecuencia, á pesar de que el perro y el elefante eran buenos amigos, y muy cariñosos, mientras el primero respetaba los bienes del segundo.

Un perro tenia su cuartito delante de la habitacion de su amo, situada aisladamente en el fondo de un inmenso jardin, que comunicaba por una calle muy frecuentada. Este valiente perro no prestaba la menor atencion á los numerosos transeuntes que pasaban por la calle; pero cuando por la noche, alguno se detenía cerca de la reja del jardin, y creía que habia algun peligro, iba á rascar la puerta de la casa, y á gruñir sin levantar la voz, hasta que se cercioraba por algunas palabras pronunciadas por su amo, que habia despertado y se hallaba al abrigo de cualquier sorpresa. Entonces solamente, abandonaba la casa, se lanzaba al jardin, se situaba tras de la reja, y comenzaba á ladrar fuertemente á los que excitaban su desconfianza. Cuando al fin se alejaban, volvía á la habitacion á prevenir á su amo, por medio de algunos gruñidos afectuosos que el peligro habia pasado, y que podia dormir en paz; despues de haber cumplido

con este último deber, el perro se dirigia á su perrera, y en toda esta maniobra demasiado espontánea, no habia habido ninguna leccion, ni la menor indicacion de parte del dueño del perro.

En las islas que forman el Ródano, enfrente del pueblo de Miribel, en el distrito de Trevoux, pastan numerosos rebaños de toros, al cuidado de unos niños. Un día, algunos de estos pastorcillos disputan y se baten, y dos de los mas débiles, vencidos por los demás, arrojan gritos de tribulacion. Un buey, acostado en la ribera de la isla inmediata, escucha aquellos gritos, se levanta, se arroja al agua, y nadando llega al teatro de la lucha, aparta á los asaltantes, ofrece su cabeza inclinada á uno de los niños vencidos, que se afianza de los cuernos, y lo traslada á la ribera de donde habia venido; vuelve por segunda vez para buscar y salvar la segunda víctima, que deposita en lugar seguro al lado de la primera.

En los pocos hechos que acabo de indicar, he contado escojer entre la numerosa lista de los actos de adhesion ejecutados por animales en favor de alguna persona amada. He

procurado no hacer citas de este género, y todos saben que podrian ser muy numerosas, porque hay inteligencias bastante torpes, para dar á esas nobles acciones el triste móvil del interés particular, y por consecuencia atribuir las al simple instinto, como si amar no fuese tambien el resultado del pensamiento, y como si estas pruebas de afecto, no se hubieran dado, al menos por los perros, en favor de hombres que no habian hecho sufrir sino malos tratamientos á sus autores.

Que cada uno de nosotros recuerde los signos de inteligencia que ha podido observar en los animales, ó que han afirmado testigos dignos de fé, y se convencerá, á pesar de cuanto pueda decirse, del *Espíritu de los animales*; reconocerá que entre ese espíritu y el de algunos hombres pertenecientes á razas desgraciadamente dotadas, no existe límite absoluto, sino solo diferencias mas ó menos profundas.

A los que digan que entre los animales y el hombre existe una barrera intramitable, formada por dos atributos que solo el hombre posee, la conciencia y la perfectibilidad, no responderé sino unas cuantas palabras. ¿Qué conocimiento del bien y del mal y qué per-

fectibilidad hemos podido observar hasta hoy entre los Andámenes (11) de la Papuaria (12), entre los habitantes de la isla de Juegos y de la Australia, y entre algunas poblaciones de la Melanesia, que encontramos casi en el mismo grado en los animales mejor organizados, por lo menos en los que hemos sometido á una esmerada educacion? Ninguna casi, como puede probarse estudiando con cuidado las costumbres, la inteligencia y los hábitos de existencia de esas miserables familias humanas. Una de dos cosas; ó rehusais, á estos la cualidad de hombres, lo que no podrán hacer sino los locos, ó me dejareis establecer entre ellos y los animales mas perfectos la similitud que he enunciado y que continuaré por gradaciones sucesivas de estas familias inferiores á las razas mas y mas elevadas en inteligencia y en cualidades morales. Nos contentaremos con señalar estas gradaciones numerosas en realidad, por la indicacion muy abreviada, general y sucesiva de las razas hotentote, negra, patagona, oceánica, americana, malesa y mongol, y terminaremos nombrando la fuerte y gran raza cáucasa, que es aquella cuya inteligencia alcanza el

mas alto grado de perfeccion, y en la que encontramos el alma humana dotada de todo su poder.

Seria desviarnos de nuestro objeto actual emprender un exámen completo del alma humana, bajo el punto de vista filosófico ó religioso, y solo nos ocupamos de ella en este momento, para justificar, por medio de algunas observaciones, que haremos con la posible brevedad, la necesidad de considerarla como distinta de la materia y formada de una esencia inmaterial.

¿Qué cosa hay mas inmaterial, mas independiente de toda ley física, mas rápida, mas variable y mas libre que el pensamiento? ¿Y entonces cómo podemos creer que pueda ser el producto de ciertos arreglos de la materia, para la que todo está arreglado por leyes inmutables? Si la materia por bien organizada que fuese, pudiera pensar este acto nunca debería producirse fuera de las sensaciones probadas por los órganos; porque nuestros pensamientos se hallaran cada instante en contradiccion con nuestras sensaciones orgánicas, y nuestro espíritu sabe modificar las impresiones de nuestros órganos, concentrarlos y alterar los

resultados. Si los órganos fuesen los principios del pensamiento, no podríamos tener otros gustos ni otras inclinaciones que las que se ligan á nuestras necesidades materiales. ¿Cuál es, pues, el órgano ó la série de órganos que puede hacernos concebir el amor de lo que es bello, justo y verdadero? Ese amor del bien moral, ¿no está á cada instante en oposicion con el amor del bienestar físico, cuya satisfaccion es viva y constantemente solicitada por nuestros órganos? ¿y cómo estos si fuesen los motores originarios y émicos del pensamiento, podrian producir efectos contrarios á su propio interes á su propia naturaleza?—¿No están á cada momento nuestra alma y nuestro cuerpo en lucha uno con otro, y no vemos que el alma, independiente y generosa, sacrifica frecuentemente las necesidades del cuerpo á los nobles sentimientos de los afectos elevados, de la justicia, de la libertad, de la verdad, del honor, de la gloria y del amor de todo lo que es bueno? ¿Acaso la materia organizada, conoce algo de esas grandes ideas?—El alma tiene pues concepciones enteramente independientes del organismo, y por consecuencia no puede ser

una simple propiedad de este. Si los órganos fuesen únicos autores del pensamiento ¿cómo podria explicarse, que mientras se hallan entregados al reposo del sueño, éste pueda desarrollar de una manera tan poderosa algunas de nuestras facultades intelectuales, tales como la imaginacion y la memoria? ¿Cómo podrian producirse sobre todos los fenómenos tan notables del sonambulismo ordinario, así como los del éxtasis y otras enfermedades semejantes, en donde es evidente para todos que percepciones, sensaciones y pensamientos se ejecutan sin el auxilio de los órganos? No nos referiremos, por ejemplo mas que al sonámbulo; no lo vemos á pesar de la completa insensibilidad de sus ojos, obrar con una série de ideas perfectamente combinadas, escribir, componer, calcular, dirigirse á lugares escojidos por él, y avanzar algunas veces con paso seguro, por puntos en donde no dejaría de perecer, si no tuviese por sosten, mas que las funciones habituales de sus órganos?

Estudiando ademas lo que pasa en nosotros mismos, reconocemos que todo lo que depende del alma es constante, absoluto, in-

mutable, mientras lo que depende de los órganos es movable, cambiante y perecedero; nuestros órganos se renuevan constantemente en los elementos de su constitucion, y el conjunto se deteriora con la edad, mientras nuestra alma, libre y altiva se sobrepone á todos esos cambios materiales. Esta es la ley general que no disminuyen en nada las circunstancias escepcionales en que las facultades del hombre son mas ó menos alteradas, ó aún estinguidas en apariencia, porque el instrumento orgánico por medio del cual deben manifestarse, no se presta ya á estas funciones. En el hombre vivo, no es mas que por el trabajo de los órganos, por el que el alma puede producir la multitud de pensamientos y sentimientos que ella emana sin cesar, siempre independientes y frecuentemente contrarios al interes físico del cuerpo: los órganos son las máquinas uniformes y constantes en sus atributos que sirven de motores á todas las manifestaciones del alma; pero no son los *autores*; el vapor tambien es el *motor* de las máquinas de fuego, pero el calor es el *autor* de su potencia.

La dificultad de admitir un principio in-

material y existente por sí mismo, no puede absolutamente detenernos, cuando la naturaleza nos obliga á justificar hechos semejantes á los que nos presentan la pesantez y los fluidos imponderables. En efecto, la pesantez no es mas que una cualidad inherente á la materia, como lo prueba su invariabilidad matemática, pero obra á travez de los espacios, en donde todo está libre de la materia. ¿Cuál es, pues, el estado bajo el cual se encuentra este agente de la materia mientras que atravieza el espacio vacío que separa los dos cuerpos, que atrae uno hácia otro? ¡Nada nos permite comprenderlo!—Y este éter tan sutil, esta sustancialidad impalpable é imponderable, que llena los espacios celestes y transporta de un astro á otro el calor y la luz, ¿no es enteramente diferente de la materia? ¿qué cosa semejante hay entre la naturaleza de esta y la suya? ¿Y podremos figurarnos esta última? ¡Tampoco!

No nos espantemos, pues, de no poder figurarnos tampoco la naturaleza del alma, y apoyándonos en todo lo que precede, admitamos con atrevimiento que no es una simple cualidad de la materia organizada, sino una

esencia inmaterial, diferente de cualquiera otra sustancialidad, y no teniendo con la materia mas que los lazos recíprocos y necesarios que la unen á ella en la constitucion del hombre vivo.

Me siento perfectamente satisfecho anunciando esta proposicion, porque sé que está apoyada por las creencias universales; pero no sucede lo mismo con lo que va á seguir.

Si el alma humana es una esencia especial y distinta ¿qué cosa es la inteligencia, tan semejante á ella, que anima los animales de las clases superiores, cuyo organismo se aproxima al del hombre? Admitiendo para éste la existencia del principio inmaterial, del espíritu, ¿cómo lo hemos de rehusar, con razon á esos animales que tienen como nosotros pensamientos, sentimientos, afecciones, voluntad y la facultad de comparar y de escojer y por consecuencia de razonar? Y si descendiendo la grande escala de las inteligencias, pasamos por gradaciones casi insensibles, de los hombres mas elevados por el desarrollo de su inteligencia, á familias humanas que se hallan en este punto mezquinamente dotadas, y despues á animales casi tan intelligen-

tes como estos últimos, y despues á otros cuya inteligencia disminuye con el desarrollo orgánico, y llegamos, en fin, á los seres animados que no dan mas signos que los del puro instinto, ¿entre cuáles de esas séries nos atreveremos razonablemente á trazar límites fijos que indiquen la invencible barrera en donde la inteligencia perderia su naturaleza especial para no convertirse mas que en un simple juego de los órganos?

Me parece difícil de admitir que el principio inmaterial que constituye el alma en las diversas razas de hombres, no existe tambien semejante á él mismo, pero en grados muy diferentes segun los instrumentos orgánicos á los cuales está unido por la naturaleza, en todos los animales de la creacion, hasta en los mas ínfimos. No hay duda que nos parece casi repugnante creer que haya una particula de ese principio casi inmaterial que constituye el alma humana, en una óstra ó en un caracol; pero en suma, esa existencia que anima al caracol ó á la óstra, no es absolutamente diferente de la que anima al niño en sus primeros dias, y que mas tarde se desarrollará, sin embargo, en él, á medida que se

desarrollen sus órganos, de manera que llegue á ser el alma de un hombre, capaz de los mas elevados pensamientos, y de los sentimientos mas nobles.

En verdad que lo que parece que debe admitirse como mas simple y racional, es que el Criador concede á cada organizacion material, en todas las razas animales y proporcionalmente á su naturaleza, una parte de principio inmaterial y que forma un todo, ligado tan íntimamente que las facultades de la parte inmaterial y las de la material llegan á ser solidarias una de la otra, y se sirven mutuamente por una absoluta reciprocidad.

No reuniré aquí todas las pruebas morales de la individualidad persistente de la parte inmaterial, cuando la muerte del sér animado llega á separarla de la parte material; me contentaré con justificar que, como los hechos nos prueban sin cesar que nada se pierde ni se destruye en la naturaleza, debemos estar seguros que esa gran ley se aplica tambien al principio de las inteligencias, y que este principio es necesariamente indestructible como la materia. He querido solamente llegar á establecer dos cosas: 1.^a la inteligencia

no es un simple atributo de la materia organizada, sino mas bien una esencia especial. 2.^o Cada sér animado, posee una parte de esta esencia proporcionada á la perfeccion de su organismo.

Esto supuesto y recordando lo que se ha dicho antes sobre la inmensa multitud de séres animados que habitan la tierra, y tal vez el Universo entero, llegamos á esta consecuencia forzosa, que así como hay probablemente un mundo infinito de cuerpos orgánicos animados, de naturalezas diferentes, hay tambien un mundo de séres intelectuales agregados á esos cuerpos con diverso desarrollo; que hay en fin, el mundo de las inteligencias, como hay el mundo de la materia, el mundo de los espíritus, como el mundo de los cuerpos.

Y como nada sabemos de la naturaleza de las cosas celestes, ¿por qué nos atreveríamos á negar que en los otros globos no se encuentran espíritus superiores al del hombre, como éste es superior á la inteligencia de las bestias que con él habitan la tierra? ¿Por qué el hombre habia de estar en lo alto de la escala, en el Universo, por solo hallarse en la tierra

y no podría estar también en medio, ó al fin de esa escala?

¿Quién osaría negar que no sea posible que en otros mundos la existencia de las inteligencias fuese enteramente independiente y separada de toda materia? Así como la materia puede existir sin la inteligencia, esta debe poder existir sin la materia, y esto es lo que no puede dejar de ser en alguno de esos globos, entre cuya innumerable multitud, el nuestro no es más que un átomo imperceptible! —Sea lo que fuere, y aun cuando no hubiese inteligencias más que en la tierra, en la creación animal que la habita, no por esto su número dejaría de ser inmenso, inconmensurable.

Me detengo en este punto después de haber tocado esos grandes objetos de Eternidad, Inmensidad, Universalidad de los globos celestes y de los del mundo organizado y del mundo de las Inteligencias. De todos estos objetos, espacio, tiempo, materia, éter ó inteligencias, se halla constituido el Universo y por esta obra infinita á la cual preside, se revela á nosotros, débiles humanos, el poder infinito, el Dios Criador.

LIBRO SEGUNDO.

EL CRIADOR.

CAPITULO I.

ORDEN DE LA CREACION.

“¡Si Dios no existiera, ha dicho Voltaire, sería preciso inventarlo!” Veamos si esta invención es necesaria.

La admirable armonía que existe entre los astros y el orden tan perfecto que se nos manifiesta en todo lo que se verifica en la tierra, nos demuestran una evidencia tanto más asombrosa, cuanto que la ciencia nos descubre mejor todos esos misterios.

y no podría estar también en medio, ó al fin de esa escala?

¿Quién osaría negar que no sea posible que en otros mundos la existencia de las inteligencias fuese enteramente independiente y separada de toda materia? Así como la materia puede existir sin la inteligencia, esta debe poder existir sin la materia, y esto es lo que no puede dejar de ser en alguno de esos globos, entre cuya innumerable multitud, el nuestro no es más que un átomo imperceptible! —Sea lo que fuere, y aun cuando no hubiese inteligencias más que en la tierra, en la creación animal que la habita, no por esto su número dejaría de ser inmenso, inconmensurable.

Me detengo en este punto después de haber tocado esos grandes objetos de Eternidad, Inmensidad, Universalidad de los globos celestes y de los del mundo organizado y del mundo de las Inteligencias. De todos estos objetos, espacio, tiempo, materia, éter ó inteligencias, se halla constituido el Universo y por esta obra infinita á la cual preside, se revela á nosotros, débiles humanos, el poder infinito, el Dios Criador.

LIBRO SEGUNDO.

EL CRIADOR.

CAPITULO I.

ORDEN DE LA CREACION.

“¡Si Dios no existiera, ha dicho Voltaire, sería preciso inventarlo!” Veamos si esta invención es necesaria.

La admirable armonía que existe entre los astros y el orden tan perfecto que se nos manifiesta en todo lo que se verifica en la tierra, nos demuestran una evidencia tanto más asombrosa, cuanto que la ciencia nos descubre mejor todos esos misterios.

En el cielo, la posicion y los movimientos de los globos están sometidos á leyes mecánicas, cuyos efectos constantes é inmutables constituyen el arreglo más maravilloso, la regularidad perfecta y absoluta. El menor ataque dado á esas leyes, por ejemplo, un cuerpo celeste cuya rotacion se acelerase ó se detuviese un momento, ó que aumentase ó disminuyese la celeridad con que recorre su órbita, produciría inmediatamente un trastorno inmenso en todo el sistema polar de que forma parte, y seria causa en el acto de incalculables catástrofes.

La invariabilidad de leyes que rigen los fenómenos terrestres, no es menos necesaria á la conservacion de las cosas que existen en la tierra, y los menores cambios que sufriesen esas leyes alterarian completamente el estado actual de este globo. Supongamos por un momento, alguna perturbacion en los efectos de la pesantez, de la atraccion molecular, de la fuerza centrífuga, del calor, de los grandes movimientos de los aires y de los mares, de la formacion de los vapores y de la dispersion de las nubes, del estado de las nieves en las cumbres de las grandes cadenas de montañas

que surcan los continentes, ó de cualquiera otro hecho físico, é inmediatamente todo se modifica, se altera y se trastorna en la superficie de la tierra. Examinando algunas particularidades que al principio parecen poco importantes, tales como el calor latente del agua ó la disminucion de la densidad que sufre el agua congelándose, reconocemos la necesidad absoluta de estos hechos tan insignificantes en apariencia; en efecto, sin el calor latente que absorbe el hielo derritiéndose los deshielos inmediatos del hielo y de las nieves asolarian y destruirian todo lo que existe en los continentes por increíbles inundaciones; y sin el calor que el agua que está abandonada helándose, ó sin la ligereza específica que adquiere entonces, los lagos, los rios y los riachuelos de los países en que la temperatura baja á 0°, se solidificarian entera y repentinamente y esos países quedarían privados de toda vejetacion y de toda especie animal. Hé aquí todas las existencias orgánicas dependientes de un simple hecho físico que parece casi nada por sí mismo, y que he elegido á la casualidad entre otros muchos.

Sin ocuparnos del admirable mecanismo

que constituye cada sér organizado, consideraremos solamente la maravillosa reciprocidad con que las plantas sirven para alimentar á los animales, mientras que los despojos de estos, por conducto del aire y del agua sirven para alimentar á su turno á las plantas, y reconoceremos que resulta de esto un notable equilibrio de existencias entre estos dos grandes reinos de la materia organizada.

En la naturaleza terrestre, vemos, pues, concurrir una multitud de hechos al objeto único de conservar el órden general del globo y la perpetuidad de las especies de séres que viven en su superficie. Un conjunto de hechos tan complicado y tan admirablemente combinado, no puede ser un simple efecto de las cualidades de la materia, porque esta es esencialmente inerte por sí misma y privada de toda capacidad ordenadora. Es preciso, pues, reconocer, que esta materia ha sido arreglada, dispuesta y sometida á todas las leyes necesarias á la produccion y á la conservacion de las cosas, por un poder que existe fuera de ella, por una inteligencia infinitamente poderosa y sábia.

CAPITULO II.

LA MATERIA CREADA.

¿Ha existido la materia desde la eternidad, ó ha sido creada por esa inteligencia que la domina tan poderosamente, puesto que ha tenido poder para arreglarla tan perfectamente y someterla á sus leyes? Casi me atrevo á decir que esto nada nos importa; y sin embargo, quiero considerar algunos hechos que deben ilustrarme sobre esta cuestion que ha sido frecuentemente debatida por tantos filósofos de una manera tan contraria.

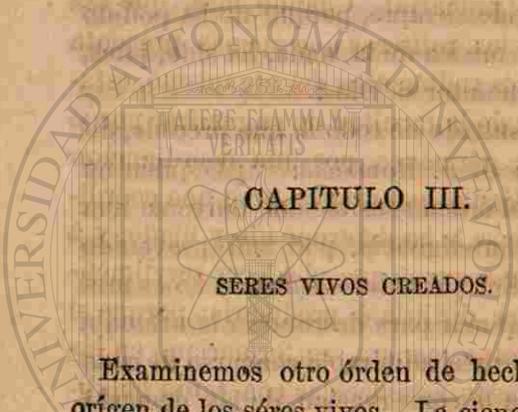
Los hechos astronómicos y geológicos prueban que nuestro sistema solar no ha podido formarse, con la disposicion de sus planetas situados todos en un mismo plano, sino por

proyecciones inmensas, partiendo de un centro comun, ó por condensaciones sucesivas, efectuadas en puntos diferentes de una misma masa evaporada, girando sobre sí misma al rededor de este círculo único. Cualquiera que sea el origen que se elija de nuestro sistema planetario, es preciso admitir, por estado anterior de todas las sustancias que lo forman actualmente, una masa única de materias derretidas ó volatilizadas por un calor inmenso, no ocupando mas que la parte del espacio en que este sistema se encuentra aislado hoy. Si esta masa fluida ó gaseosa se halla dividida en sol, planetas y satélites, esto no se pudo haber verificado sino en un momento dado, y por efecto de una causa determinante, que se remonta á una época determinada; si pues la materia habia existido en la eternidad, la division de que se trata se habria producido, cosa absurda, en una época mas ó menos distante de un principio de la eternidad. En una palabra, la tierra no ha sido formada sino despues de algunos millones de años, por efecto de una causa, tal como el enfriamiento, que no pudo haber tenido sino cierta duracion partiendo del momen-

to en que la materia se hallaba bajo su primer estado fluido ó gaseoso; este primer estado ha tenido, pues, un principio; la materia no ha existido siempre, porque no ha podido salir por sí misma de la nada, ha sido, pues, creada, y su autor es Dios!

Como resultado de todo lo que precede, digamos con J. J. Rousseau: “¿A quién no anuncia el orden sensible del universo una “suprema inteligencia, por mal prevenido “que se halle? ¿Y cuántos sofismas no es preciso amontonar para desconocer la armonía “de los séres y el admirable concurso de cada “pieza para la conservacion de las demas?” Repitamos tambien con Fenelon, Descartes, Leibnitz, Bossuet, Newton y Voltaire, con la mayor parte de los filósofos, y con todas las teogonías de todas las edades, que la existencia de Dios está probada por el orden sensible del Universo, y por este hecho tan admirable de que cada cosa es lo que es preciso que sea para concurrir á un efecto determinado, necesario, y que no podria existir sin este concurso completo y absoluto de todas estas causas finales.

hecho aislado, escepcional, opuesto solo á tantos millares de nacimientos regulares y legítimos, que diariamente se verifican á nuestra vista, ¿qué probaria? Cuando mas, que esa especie de los rotíferos que apenas presenta los primeros rudimentos del organismo, estaria dotada de la facultad de engendrar por sí misma sus gérmenes, por una coordinacion de las moléculas materiales; pero una coordinacion que se le ha determinado y fijado, y á la que no hace mas que obedecer servilmente sin poder dirigirla ó producirla; porque si fuese de otra manera, se formarían, en las circunstancias establecidas con tanta habilidad por los sábios que han sostenido esta generacion espontánea, cantidades infinitas de especies variables de rotíferos, y no siempre rotíferos y nada mas que rotíferos. Y si tambien pueden nacer espontáneamente otras especies de infusorios, diré tambien que no es ese mas que un modo particular de reproduccion, enteramente restringido y escepcional. No nos detengamos en esta escepcion si existe, y admitamos la ley universal de la reproduccion de los séres vivos, que provienen todos de individuos que constituyen origina-



CAPITULO III.

SERES VIVOS CREADOS.

Examinemos otro orden de hechos, el del origen de los séres vivos. La ciencia nos enseña que cada uno de estos séres proviene de un germen engendrado por séres semejantes á él mismo, y que por esta admirable ley de la reproduccion, se perpetúan las especies y las razas. Es verdad que en los últimos años ha habido un gran combate entre muchos sábios, en el terreno del origen espontáneo, atribuido, por algunos de ellos, á varias especies ínfimas de animales infusorios. Supongamos por un momento, lo que estamos muy léjos de admitir, que la generacion espontánea de los rotíferos, sea real en efecto; este

riamente el tipo de cada especie. En efecto, si la materia pudiese producir individuos vivos por ciertas combinaciones dependientes de ella sola, se presentarían inevitablemente diferentes hechos que vamos á examinar.

Sería preciso ante todo que en las infinitas casualidades, por cuyo medio se hubiese presentado, en fin, la coordinacion necesaria á la produccion de un organismo, hubiese habido toda clase de resultados accidentales; así es, que habria sido absolutamente necesario, que en estas combinaciones se hubiesen presentado tales, que no hubiesen producido, por ejemplo, mas que partes, órganos aislados, como una víscera, un corazon, una aleta, un pico, un brazo, una pierna, un ojo, una oreja ó cualquiera otra construccion incompleta! Tambien habria sido preciso que se hiciesen ensayos imperfectos, tales como hervíboros con garras, carnívoros con cascós, animales que no tendrían en sus miembros y en sus órganos la útil simetría y la perfecta combinacion que en ellos admiramos. Nada de esto ha sucedido; porque en el caso contrario, era preciso que estas producciones parciales ó imperfectas pudiesen encontrarse entre los

innumerables fósiles que nos ha conservado la costra terrestre desde las primitivas edades de la tierra, y que todos sin escepcion pertenecen á séres completos!—Así es que las combinaciones de la materia, debidas á la casualidad de las posiciones moleculares, jamás han podido producir aisladamente una sola parte de un animal ó de una planta, ¿y habrian podido producir (fenómeno no solo difícil, sino imposible) el conjunto simultáneo de todas estas partes, el sér entero? ¿Y este sér habria sido siempre producido con la completa perfeccion de su organizacion y de sus formas, sin ensayo, sin el riesgo de formar especies torpemente construidas! ¡En verdad que el admitirlo seria una locura!

Si las combinaciones moleculares, accidentales de la materia, han podido producir el organismo ¿por qué no lo producen ya en nuestros días? ¿Se dirá que este resultado no ha sido posible mas que en cierto momento? Pero entonces ese momento se ha repetido cinco veces sucesivamente, es decir, al principio de cada una de las cinco grandes épocas geológicas, que han poseido cada una sus numerosas razas particulares de animales

y de plantas! Sabemos ademas, que en nuestra época antrópica, la América, la Australia, y sobre todo las diferentes tierras de la Oceanía, no tienen la misma edad que el viejo continente. Ha sido necesario, por consecuencia, que los momentos en que la materia poseia la facultad productora se hayan repetido en intervalos diferentes y repetidas veces. ¿Por qué, pues, no se reproducen ya, despues de haberse repetido tantas veces? ¿Y cómo es que, manifestándose en Australia el poder generador de la materia, nada ha podido hacer como en los otros continentes? ¿Y por qué en algunas tierras de la Oceanía, no ha podido dar, respecto á existencias animales, mas que hombres, perros, puercos, ratones y algunas aves? ¿Por qué esa casualidad que tan frecuentemente se ha repetido, en tan diferentes épocas y en tantos lugares, y que ha hecho tantas cosas, ha sido tan pobre en ciertas circunstancias?

Admitiendo que la casualidad de las combinaciones moleculares haya producido el organismo, ¿cómo se comprenderia que las especies estén tan bien determinadas, sean tan invariables en la naturaleza, y que entre dos

especies dotadas de cualidades similares, no haya una variedad infinita de otras que la misma casualidad habria podido y debido producir tan fácilmente, y todas á la vez, en las mismas circunstancias de que gozaba en el momento en que producía aquellas dos especies cercanas?

En fin, si la materia hubiese en ciertos momentos poseido el poder organizador, ¿en qué estado habria producido las plantas y los animales? ¿En el de gérmen y embrión solamente, ó en el estado de individuos completos? ¿Y entónces, estos individuos se hallaban en su primitiva edad, ó en estado de perfecto desarrollo? El hombre, por ejemplo, ¿fué producido en el estado de niño naciendo, ó en el estado adulto? Si fué como niño, no pudo ni moverse ni alimentarse, ni vivir mas que algunas horas: seria, pues, en el estado adulto y completo, como hubiese sido producido el hombre espontáneamente! Pero, ¿qué de combinaciones posibles, qué de arreglos moleculares seria preciso suponer en una masa de materia ya tan considerable, para que pudiese salir un hombre hecho? Y aun en este caso seria preciso que en el mismo ins-

tante, hubiese una combinacion igual en algun punto inmediato, producido una mujer completa; porque sin esto, la obra habria sido inútil, puesto que la conservacion de la especie, no habria aún podido efectuarse: y habria sido necesario volver á comenzar hasta que los dos séres hubieran sido producidos casi simultáneamente! ¡Qué esfuerzo de imaginacion seria preciso para representarnos la enorme masa de materia agitada, en la que inesplicables movimientos moleculares serian capaces de producir, arreglar y colocar en el propio momento, lo que seria de absoluta necesidad, todos los órganos interiores, todas las partes exteriores, todos los miembros voluminosos del cuerpo colosal de un elefante, con todas sus vísceras, sus nérvios, sus venas, sus arterias, sus músculos, su piel, sus dientes, sus ojos y su poderoso cerebro! Todo á la vez, todo simétrica y útilmente: todo tan bien dispuesto y pronto á funcionar inmediatamente en cada una de sus partes, segun la vária naturaleza de cada una de ellas: ese cerebro para pensar; esos nervios para sentir; esos ojos para ver; esos músculos, ese esqueleto para marchar; esas vísceras para digerir;

ese corazon, esas arterias, esas venas para mantener el juego de la sangre; esos pulmones para respirar.... todo esto hecho en el mismo instante, por solo el arreglo de las moléculas de una enorme masa material, reunida en algun monton accidental!—¡No, esto no es creible!

Pero, dirán algunos de los que pretenden que los séres organizados se han formado por sí mismos; no es de la manera con que acabamos de examinar, como debe comprenderse la generacion espontánea de todos estos séres. Para comprenderla, segun ellos, es preciso admitir que todas las especies que existen y que han existido, se han derivado sucesivamente, por vía de generacion, de un solo tipo, y que no deben sus diferencias, mas que á los cambios ocurridos en el centro ambiente; así pues, en virtud de una fuerza inherente á la materia, ésta ha podido, en su origen, constituirse en el estado orgánico para formar séres de una constitucion muy simple; despues estos primeros séres han debido, por consecuencia de nuevas condiciones físicas, producir vástagos mas perfectos, de lo que lo eran ellos mismos, y este efecto de re-

producciones mas y mas elevadas en organismo, concluyó por producir todos los séres vivos, hasta el propio hombre.

Segun este sistema, toda la innumerable multitud, tan diversa, de las plantas, de los insectos, de los peces, de los reptiles, de las aves y de los mamíferos, no seria mas que el resultado de las transformaciones sucesivas de algunas familias primogénitas de ulváceas, de mucedineas, de infusorios y de los coophytos, de los que provendrian todos esos séres tan diferentes entre sí, y el hombre no seria mas que el lujo perfeccionado de alguna raza de orangoutang.

Para combatir esta opinion, que no temo llamar estraña, invocaré ante toda esa gran ley de la naturaleza que mantiene tan rigurosamente las razas específicas, que no permite mas que por una escepcion muy rara las uniones entre especies, aun las mas similares, y que hace estériles estas uniones, ó por lo menos, á los vástagos que de ellos resultan; y recordaré que el cambio de climas, de alimentos y de costumbres establecidas accidentalmente, ó por los cuidados voluntarios y minuciosos de la parte del hombre, sobre las plantas y

los animales, no dejan que se obtengan mas que variedades, casi siempre semejantes á sus tipos originarios y respectivos. ¿Cómo podria admitirse, pues, esa multitud de trasformacion de especies, partiendo de un tipo único, cuando este hecho está en oposicion tan flagrante con la ley, que la naturaleza nos muestra tan absoluta, de la conservacion y mantenimiento riguroso de cada especie?

Y esto supuesto, repetiré, que si á pesar de esta ley, fuese cierto el sistema de las transformaciones sucesivas, habrian debido hacerse ensayos de todas clases, unos incompletos, otros impropriamente constituidos, y que deberiamos entonces encontrar sus restos fósiles, los cuales no existen. Añadiré, por fin, que en cada una de las épocas en que comenzó una de las cinco grandes generaciones sucesivas, habria sido preciso que esa fuerza productiva de la materia, hubiese pasado por fases mas ó menos análogas, y reproducido por las supuestas transformaciones sucesivas, por lo menos algunas especies semejantes: mientras que el estudio de los fósiles nos muestra los límites claros y precisos, entre todas las razas de cada una de estas cinco

grandes poblaciones de séres vivos que habitaron el globo sucesivamente, en esas cinco épocas geológicas.

No me extenderé mas sobre este asunto. Me parece imposible creer que los tipos originarios de cada especie, hayan sido producidos espontáneamente por la materia, obrando sola y por sí misma. Es preciso, pues, que estos tipos hayan sido creados por un poder diferente de la materia y superior á ella, por una inteligencia infinita.

CAPITULO IV.

INTELIGENCIAS CREADAS.

Se encuentra una nueva prueba de la existencia de Dios, en el hecho que hemos tratado de demostrar precedentemente, de la esencia especial y distinta de las inteligencias. En efecto, si la inteligencia es independiente de la materia y constituye una esencia particular, la materia no puede haberla dado á los animales, y es preciso que les venga de otra parte. Además, si admitimos esa série de diversas inteligencias, que hemos llamado el mundo de los espíritus, y que es tan estenso como el mundo de los cuerpos animados, nos veremos obligados á colocar en la cúspide de este mundo un Espíritu superior que los ha

grandes poblaciones de séres vivos que habitaron el globo sucesivamente, en esas cinco épocas geológicas.

No me extenderé mas sobre este asunto. Me parece imposible creer que los tipos originarios de cada especie, hayan sido producidos espontáneamente por la materia, obrando sola y por sí misma. Es preciso, pues, que estos tipos hayan sido creados por un poder diferente de la materia y superior á ella, por una inteligencia infinita.

CAPITULO IV.

INTELIGENCIAS CREADAS.

Se encuentra una nueva prueba de la existencia de Dios, en el hecho que hemos tratado de demostrar precedentemente, de la esencia especial y distinta de las inteligencias. En efecto, si la inteligencia es independiente de la materia y constituye una esencia particular, la materia no puede haberla dado á los animales, y es preciso que les venga de otra parte. Además, si admitimos esa série de diversas inteligencias, que hemos llamado el mundo de los espíritus, y que es tan estenso como el mundo de los cuerpos animados, nos veremos obligados á colocar en la cúspide de este mundo un Espiritu superior que los ha

producido y distribuido ¡Solo Dios puede haberlos creado!

Así como la naturaleza física nos muestra una inconmensurable cantidad de organismos diversos y dotados de un grado de perfección diferente, de la misma manera podemos figurarnos ese mundo de las inteligencias, como formado de una multitud de seres, entre los cuales, sin duda hay algunos enteramente libres, y que ningún lazo une á la materia, dispuestos en un orden progresivo de perfectibilidad, poseyendo cualidades mas y mas elevadas, y acercándose cada vez mas, por consecuencia á la inteligencia suprema que reina sobre sus innumerables multitudes como reina sobre el Universo entero.

De cuánto esplendor, de cuántas felicidades deben gozar esos seres, cuando desprendidos de todo lazo material, se han elevado á ese grado tan superior de perfectibilidad en que pueden disponer á su gusto de los espacios y del tiempo, y contemplar á su voluntad las maravillas tan variadas de todos los globos celestes que constituye la infinidad del Universo! ¡Cómo deben ser sobrepujadas las débiles facultades morales de nuestra existen-

cia por la grandeza de concepción, por la extensión de saber, por la pureza y energía de sentimientos y de afectos que esas inteligencias superiores adquieren sin duda y aumentan sin cesar, en la apreciación siempre nueva, siempre inagotable, de todas las magnificencias de una creación infinita, cuya posesión tienen concedida y es tanto mas completa, cuanto que han llegado ellas mismas al mas alto grado de perfección! Qué adorable idea debemos formarnos de ese estado radiante, en que todo es espíritu, verdad, saber y amor, y en que la creación, despojada de sus misterios, descubre todos sus secretos, toda su riqueza, todas sus grandezas, todas sus sublimes infinitudes!

un poder superior á la humanidad y á la materia. Este consentimiento unánime, producido espontáneamente entre los hombres, en todos tiempos y lugares, debe ser el resultado de una causa muy real. ¿Y cuál podría ser esta causa, si la naturaleza material fuese sola el origen del organismo? Seria imposible, en este caso, encontrarle ninguna razon de sér, puesto que su efecto seria mentiroso, y que es precisamente contrario á lo que debería verificarse entonces, es decir, la ignorancia y la negacion de todo principio inmaterial; la causa de este consentimiento unánime en creer en un poder divino, no puede, encontrarse mas que en la existencia misma de ese poder.

Todo lo que precede, basta, me parece, para justificar, que iluminándonos con la antorcha de las ciencias, nos vemos obligados á proclamar la existencia de un Dios, infinito en poder, en sabiduria y en duracion, y que es el soberano autor de todo lo creado!

Jamas tratemos de investigar, cómo ni en donde está, por que esta investigacion es superior á nuestras reducidas facultades: rechacemos con enerjía todo pensamiento que pue-

CAPITULO V.

DIOS, CRIADOR.

Aunque me habia propuesto, en este escrito, abstenerme de toda consideracion filosófica ó religiosa, tomada fuera del círculo de los hechos físicos reconocidos por la ciencia, no puedo sin embargo pasar en silencio la gran prueba de la existencia de Dios, que todos los filósofos y teólogos han encontrado en el consentimiento unánime de todos los pueblos en creer en esa existencia. En todos los puntos de la tierra, en efecto, entre las naciones mas civilizadas de todos los siglos, como entre las poblaciones mas aisladas y salvajes, se han establecido las creencias mas universales y mas convencidas, en la existencia de

da imputarle nuestras debilidades y pasiones; admirémoslo y adorémoslo en sus obras, y hagámonos dignos por nuestro afecto á todo lo que es bello, justo y bueno, del rango que nos ha concedido en el Universo, colocándonos en la cumbre de la creacion terrestre! Este es el papel que nos ha asignado en el mundo de las inteligencias, en el que tenemos nuestra distinta individualidad, como la tenemos en el mundo material. Y cuando llegue la hora en que los dos principios que están unidos en nosotros durante la vida, de una manera tan íntima, aunque cada uno pertenezca separadamente á uno de esos dos mundos diferentes, lleguen á aislarse uno de otro, abandonemos sin temor nuestro cuerpo á la tierra, y nuestra alma, libre é independiente, al porvenir que la espera, bajo la voluntad de Dios, en la infinidad del tiempo, del espacio y del universo.

LIBRO TERCERO.

ORIASURAS.

CAPITULO I.

LAS PLANTAS Y LOS ANIMALES.

Ya hemos dicho, pero es necesario repetirlo, que en el seno de la extension y de la eternidad, estas dos inmensidades absolutas, que no tienen ni principio ni fin, el poder divino ha dispersado una multitud de mundos, cuyo número es, sin duda tan infinito como el espacio y el tiempo, que pueblan los abismos.

Entre estos innumerables mundos, uno de los menos considerables es la tierra que ha-

da imputarle nuestras debilidades y pasiones; admirémoslo y adorémoslo en sus obras, y hagámonos dignos por nuestro afecto á todo lo que es bello, justo y bueno, del rango que nos ha concedido en el Universo, colocándonos en la cumbre de la creacion terrestre! Este es el papel que nos ha asignado en el mundo de las inteligencias, en el que tenemos nuestra distinta individualidad, como la tenemos en el mundo material. Y cuando llegue la hora en que los dos principios que están unidos en nosotros durante la vida, de una manera tan íntima, aunque cada uno pertenezca separadamente á uno de esos dos mundos diferentes, lleguen á aislarse uno de otro, abandonemos sin temor nuestro cuerpo á la tierra, y nuestra alma, libre é independiente, al porvenir que la espera, bajo la voluntad de Dios, en la infinidad del tiempo, del espacio y del universo.

LIBRO TERCERO.

ORIASURAS.

CAPITULO I.

LAS PLANTAS Y LOS ANIMALES.

Ya hemos dicho, pero es necesario repetirlo, que en el seno de la extension y de la eternidad, estas dos inmensidades absolutas, que no tienen ni principio ni fin, el poder divino ha dispersado una multitud de mundos, cuyo número es, sin duda tan infinito como el espacio y el tiempo, que pueblan los abismos.

Entre estos innumerables mundos, uno de los menos considerables es la tierra que ha-

bitamos: y sin embargo, vemos con profunda admiracion que la mano del Criador, ha deramado con maravillosa profusion, séres dotados de la notable facultad de obrar por sí mismos, de cuya facultad están privados los materiales que constituyen la masa inerte del globo, y que designamos con el nombre de fuerza vital. A las plantas dá el poder de alimentarse y reproducirse, mientras que los animales gozan además de el de moverse y sentir.

Por todas partes en la tierra, la vida se nos presenta bajo mil formas diversas, y vemos una inconmensurable multitud de animales y de plantas poblar su superficie, y los abismos de sus vastos mares. Viendo la tierra tan habitada, y pensando que no es mas que un átomo imperceptible en la inmensidad del Universo, no se puede dudar que los demás globos celestes no estén animados tambien por la presencia de una infinidad de séres vivos, cuya naturaleza y cualidades, especiales para cada uno de aquellos globos, no pueden concebirse por nuestra imaginacion, pero cuya existencia nos hace admitir la razon.

Sea lo que fuere de esa infinidad de crea-

ciones vivas diversas, que pueblan sin duda el Universo, la que cubre por todas partes la superficie de la tierra, se nos muestra como una prueba evidente de la voluntad de Dios sobre los destinos de este planeta, que quiso habitase una multitud inconmensurable de séres organizados. Remontemos por el pensamiento el curso de los siglos, y pongámonos en presencia de los primeros séres que existieron. No haciendo aprecio, por un momento, de su organizacion, podemos admitir, por suposicion, que Dios hubiera podido crearlos bajo tales condiciones, que habrian existido perpétuamente, y en este caso, es decir, en el de la persistencia de su duracion individual, todos esos séres, aun los mas ínfimos, ¿habrian atravesado los siglos, constantemente semejantes á sí mismos, sin caducidad, sin mortalidad y sin posteridad? Llegamos por esta hipótesis á la estraña idea de una creacion primera y única, cuyos individuos hubiesen persistido indefinidamente, sin cambios en su constitucion, y por consecuencia, sin ninguna necesidad.

Pero si de esta idea, tan contraria á la realidad, pasamos á la observacion de los hechos,

llegamos fácil y prontamente al conocimiento de la verdad.

La constitucion de los séres organizados, nos hace reconocer que su vitalidad reside en las funciones de cierto número de órganos, que son otros tantos instrumentos particulares, destinados cada uno de ellos á un trabajo especial, y por consecuencia obligados á sufrir un movimiento y una fatiga que no pueden hacerse sin gasto y sin conservacion. Justificamos entonces, que muchos de estos órganos, no tienen mas objeto que recibir sustancias estrañas, assimilarlas y reemplazar con ellas los materiales, que otros aparatos están encargados de hacer desaparecer del individuo, y que, del conjunto de estas funciones, resulta el maravilloso movimiento, por medio del cual, las materias que componen el cuerpo de un vegetal ó de un animal, son recibidas sin cesar, assimiladas, empleadas y reemplazadas por otros, cuando se entregan á su turno á un desperdicio que se continúa sin interrupcion. Los materiales que de esta manera son absorvidos incesantemente, por cada viviente, le son producidos por otros vivientes, organizados de una manera análoga.

Existen, pues, necesariamente á espensas unos de otros, y esta dependencia produce una de las leyes mas admirables de la naturaleza.

Todos los séres organizados se componen esencialmente de cuatro sustancias elementales designadas por la química bajo los nombres de carbono, oxígeno, hidrógeno y azoe, la primera sólida, y las tres últimas gaseosas. Para procurarse estos elementos necesarios á su constitucion, cada sér vivo se vé obligado á absorver las sustancias que los contienen, y que no pueden producirles mas que otros séres semejantes, que se las dan, sea directamente ó por la descomposicion que sufren sus evacuaciones, ó sus propios cuerpos. Los animales hervíboros viven del tejido ó del jugo de las plantas, y los carnívoros viven de la carne y de la sangre de los nervíboros, lo que quiere decir, que todos los animales obtienen su subsistencia de la de los vegetales. Estos á su turno se alimentan de fluidos que les producen los animales, y que toman en el aire y en la tierra. Estos fluidos alimenticios, son: el ácido carbónico, que encierra el carbono; el amoniaco, que contiene el azoe, y el

agua formada de oxígeno y de hidrógeno. Por la respiracion, por la traspiracion, por las espulsiones urinarias y escrementicias, y en fin á la fermentacion pútrida á que se abandonan los cuerpos muertos, los materiales que constituyen á los animales, se trasforman en fluidos, de los que forman la mayor parte el agua, el ácido carbónico y el amoniaco, y que entregados directamente á la tierra, ó conducidos á ella por la accion disolvente de las lluvias y de las nieves, llegan á servir de alimento á las plantas.

Así pues, los animales sirven para alimentar á los vegetales, como otros sirven para alimentar á aquellos. Este cambio continuo de sustancias constitutivas, produce este notable resultado, que las mismas cantidades de los mismos elementos químicos pasan constantemente de las plantas á los animales y recíprocamente, y que el cuerpo de cada uno de estos séres se forma de materiales, que cambian de lugar y se renuevan sin cesar, y de los que cada parte ha servido ya para la composicion anterior de millares de animales y de plantas que han vivido precedentemente. Vemos pues, que segun la constitucion de

los séres vivos, la necesidad de su alimentacion y la naturaleza de los materiales que exige, ninguno de ellos puede vivir sino á espensas de los demás.

De las precedentes observaciones, resulta, pues, este principio incontestable: la existencia de los séres organizados no puede efectuarse, sino por su recíproca destruccion. En este principio se encuentra implicada la ley de la muerte, para todos los vivientes, sin excepcion posible.

Por su muerte, cada uno de ellos vuelve á la naturaleza los materiales constitutivos que le ha prestado momentáneamente, y que antes de él, han servido á otros millares de individuos, para servir despues á otros millares. ¡Producir y destruir, para reproducir y destruir siempre! Esta es la ley de la naturaleza para todos los séres organizados, y es por la que se mantienen el equilibrio y la armonía de las existencias terrestres.

Así es que, reconocemos de una manera cierta, que ninguna vitalidad es posible en la tierra, sin que la muerte llegue á su turno. Los individuos primitivamente creados no pudieron ser destinados á una existencia per-

pétua, porque fueron organizados de tal suerte, que no ha podido continuar su vida sino por la destrucción recíproca á que están necesariamente sometidos.

A estas consideraciones sobre las necesidades del propio organismo de los vivos, se unen otras observaciones no menos seguras, para probar que han sido destinados á una existencia limitada y llamada á repetirse por la reproducción de individuos, semejantes á ellos mismos, ¿cómo admitir, en efecto, que el Criador, cuya infinita sabiduría nada ha producido que no fuese útil y necesario, habría dado á los seres organizados, instrumentos que no tienen mas uso posible, que el de la propagación, si no hubiese querido que esta fuese una ley de la naturaleza? ¿Y, cómo admitir que esos seres fuesen destinados á la reproducción, sin reconocer que esta no puede efectuarse, sino bajo la condición de que los individuos existentes, desaparezcan al cabo de cierto tiempo, para dar lugar á su progeneración, cuando es tan fácil justificar, que no hay una sola especie, por ínfima que sea, que, abandonada á sí misma, sin destrucción, no

cubriria en pocos años, con sus individuos, la superficie entera del globo terrestre?

No es esto todo. Estudiando las divinas fases porque ha pasado la tierra desde el día de su formación, la geología nos enseña, que las razas animales que viven hoy, forman parte de una quinta creación de vivos, y que fueron precedidas por cuatro generaciones sucesivas.

Hace muchos centenares de millares de siglos, que la tierra salia apenas del estado de completa ignición, en el que, hasta entonces, se habia mantenido, no formando mas que una masa enorme de materia fundida por un inmenso calor. Una lijera costra solidificada, comezaba á envolverla, y la disminución de la temperatura, permitió á los vapores que la rodeaban, hundirse en agua, y cubrir por todas partes, de mares calientes, numerosos y poco profundos, esa reciente superficie.

Algunas especies de zoofitos y de articulados poblaron inmediatamente aquellas aguas, tan diferentes de nuestros modernos oceanos, y constituyeron la primera creación viva, á que se unieron bien pronto los primeros molúseos y pescados. La continuación del aba-

timiento general de la temperatura, permitió á las aguas marinas irse enfriando poco á poco, y á la atmósfera, que hasta entonces habia sido oscura y opaca, purificarse bastante para hacer posible la existencia de los grandes reptiles marinos, cuyos tipos principales nos presentaban la ictiosaúra y la plesiosaúra. Reunidas despues las aguas en depósitos menos numerosos y mas profundos, descubrieron continentes mas vastos, y en los que ya se resentian las influencias de las estaciones y de la luz solar, que la atmósfera despejada dejaba llegar, en fin, hasta aquellos nuevos continentes. En aquella época aparecieron los primeros mamíferos herbívoros, de los cuales constituyen las especies características, los anaploterios y paleoterios.

A la raza paleoteriana que formaba la tercera creacion viva, sucedieron los primeros carnívoros y nuevas razas hervíboras, de las que podemos considerar como mas notables los mamuts y los mastodontes. A estos es á los que ha sucedido la generacion que comprende al hombre y á las especies actualmente existentes.

La sucesion de todas estas diversas crea-

ciones, es tambien una prueba completa de la necesidad de la mortalidad y de la reproduccion de todos los séres vivos.

Despues de haber dirigido esta rápida ojeada sobre el conjunto de las criaturas que han poblado ó pueblan aún el globo, no nos ocuparemos de los vegetales, sino solo de las criaturas que están dotadas de inteligencia, y particularmente del hombre, y nuestro pensamiento se fijará únicamente, sobre ese principio inmaterial que realmente constituye la esencia misma de la humanidad.

encontrais en la constitucion de éste, que no ha aparecido sino en cierto momento de la eternidad; pero si es así, ¿qué hacia Dios antes de haber criado este mundo solar en que nos encontramos? Debia consumirse en sí mismo, en la infinita soledad del tiempo y del espacio.”

A esto responderemos, que demostrándonos la ciencia, la aparicion y desaparicion de ciertas estrellas, es evidente que se forman nuevas creaciones, aun en nuestros dias, y casi á nuestra vista. Pues siendo infinitos el tiempo y el espacio, Dios puede haber producido en toda eternidad, sucesivas creaciones de mundos, sin tener que entregarse á esa soledad y á esa ociosa inaccion que tanto los preocupa.

¿No comprendéis, les diremos, que tal preocupacion se funda en esa inclinacion fatal que tiene la humanidad, de querer apreciar á Dios, segun sus propias cualidades y su débil naturaleza? Nada sabeis de él, mas que por su obra, y os atormentais por lo que puede haber hecho antes ó en el momento en que la ejecutaba! ¿No es mas racional estudiar esta, y justificar si las pruebas de que no

CAPITULO II.

INDIVIDUALIDAD PERSISTENTE DEL ALMA.

Antes de volver á la cuestion de la inmortalidad del alma, trataremos de combatir una de las objeciones que opone el materialismo á la existencia de Dios, y por consiguiente á todas las creencias espirituales, que son su consecuencia.

A la prueba que he dado de un principio de existencia para nuestro sistema solar, y de la que resulta la necesidad de admitir su creacion por un Sér Supremo, los materialistas oponen el pensamiento siguiente:

“Decís que Dios, infinito, necesariamente ha existido siempre, y que ha presidido á la creacion de nuestro sistema solar, puesto que

ha existido siempre, de que no ha podido formarse por sí misma, que no ha podido organizarse espontáneamente, son suficientes para admitir que ha tenido necesariamente un Criador!—Si no podeis negarlo, creed, pues, en Dios y no os inquieteis por lo que ha podido hacer durante su eternidad! Además, os lo repito: ha hecho mundos siempre, y siempre mundos; y en estos mundos ha derramado sin cesar, vitalidades materiales nuevas y diferentes, así como inteligencias diversas y nuevas. Infinidad de mundos, infinidad de vitalidades corporales, infinidad de inteligencias; y ¿ereis que no era esto bastante para ocupar el poder de ese Sér Supremo, al que teneis la presuntuosa debilidad de buscar una ocupacion para su eternidad pasada? ¿Por qué tantas obras? me direis. ¿Por qué? ¿Porque la *obra* es el resultado necesario del *poder*!

Admitiendo la existencia de Dios y de la inteligencia inmaterial, se presentan dos sistemas diferentes para la conservacion de esta última. Uno de ellos se funda, por imitacion sobre lo que pasa respecto de la materia de nuestro globo, en donde vemos esta materia for-

mar parte de una totalidad constante, de la que cada cuerpo, cada sér, no es mas que una fraccion que ha sido separada un momento para tomar cualidades especiales, pero que muy pronto pierde estas cualidades y vuelve á unirse al conjunto único de la materia terráquea. Así es como, segun los panteistas, pasan las cosas respecto de las inteligencias. Dios, no es para ellos mas que la inmensa unidad de todos los intelectos, y estos no se separan sino momentáneamente para volver muy pronto á confundirse de nuevo, despues de su separacion de los cuerpos á que fueron ligados para animarlos por cierto tiempo.

No obstante que esta idea es grande y bella, se apoya particularmente sobre lo que pasa en nuestro mundo terrestre, y quiere aplicar á la esencia de las inteligencias, lo que descubre en su esencia material. Pues bien, este razonamiento no está fundado en la verdad: porque si podemos concebir nuestro globo como una grande unidad, cuyas fracciones se separan momentáneamente en un modo de existencia especial, reconocemos inmediatamente que esta unidad, real para la tierra, se limita á esta solamente: que ésta

tierra no comprende, en manera alguna, su materia con la de los planetas y de los satélites que gravitan con ella al derredor de su sol, ni con la sustancia de éste; que cada uno de los globos de nuestro sistema solar tiene su existencia perfectamente distinta de los otros, y que sobre todo, este sistema está perfectamente aislado de los otros innumerables sistemas solares que forman nuestro firmamento.

Así pues, en el conjunto de los mundos cuya existencia descubrimos, todo es especial y distinto para cada uno y están separados enteramente para siempre unos de otros.

Si las diferentes materias de los mundos, no se confunden y están perfectamente aislados unos de otros, ¿por qué, pues, las inteligencias, que sin duda se hallan derramadas sobre esos mundos, se confundirían sin cesar entre sí y volverían siempre al abismo de una especie de depósito inmenso que constituiría la unidad? ¿Por qué admitir esa unidad del mundo de las inteligencias, cuando tan completamente falta en el Universo material?

Además, en los propios fenómenos terrestres, no hay analogía alguna entre las tres

formaciones parciales, que sufren sin cesar ciertas materias y esa gran absorcion de toda inteligencia en un *todo* único, en donde iría á sepultarse sin que quedase nada de ella, mas que el valor de una inapreciable fraccion.

El sistema panteista carece, pues, completamente de esta base, que busca en pretendidas analogías con la naturaleza material, puesto que estas analogías, no solamente no existen, sino que se presentan por el contrario, en el sentido opuesto; es decir, en el aislamiento y la separacion perpétua de las innumerables unidades de materia derramadas en el Universo, en el estado de globos celestes.

Volviendo á lo que pasa solamente en la tierra, examinemos la vitalidad del hombre, compuesta de un cuerpo organizado y de una inteligencia inmaterial. En su cuerpo, todo se gasta y renueva constantemente, y la materia que lo forma, no es mas que una reunion de partes muy diferentes unas de otras, que en su constitucion sufren cambios y variaciones continuas; su inteligencia, por el contrario, es *una* y permanece *una*, sin renovacion de ninguna especie. Y mientras que

durante toda la vida de este hombre, y en medio de las transformaciones incesantes que sufren las diversas partes de su cuerpo, su alma es *una* y goza de una individualidad tan absoluta, perderia repentinamente, cuando abandona este centro en donde se han verificado tantos cambios á su al rededor, sin poder alterar su inmutabilidad, repito que perderia repentinamente esa individualidad tan absoluta hasta entonces, y esto en el mismo momento en que se separa de esa materia tan cambiante y privada de persistencia. ¿No es evidente qué si ésta individualidad hubiese podido ser ofendida, habria debido serlo, mientras estaba unida á una materia alterable y sometida á incesantes sustituciones, mas bien que en el momento de separarse y quedar libre? Entonces, ciertamente, su individualidad debe ser mas absoluta que nunca, y libre de todo lazo, debe desprenderse mas perfecta de lo que ha podido serlo antes.

Pueden agregarse numerosas consideraciones morales en apoyo de lo que acabamos de decir á favor de la individualidad persistente del alma humana, despues de la muerte. Podria apelar en primer lugar, á la creencia

casi universal en la inmortalidad del alma, tal como se comprende en las diversas religiones de todos los pueblos; mas solo quiero atenerme á otro órden de razonamientos.

¡Dios existe! Ha creado al hombre y le ha dado la facultad de concebir los mas altos pensamientos, los sentimientos mas elevados, los afectos mas tiernos y mas apasionados. Estos sentimientos, estos afectos sobre todo, se refieren en su mayor parte á objetos, cuya existencia terrestre es perecedera; así fué el amor inefable de una madre á sus hijos, la ternura tan pura de los niños á sus padres, los lazos que unen á los esposos, y cuya necesaria duracion basta, á la prolongada educacion de sus vástagos y á la conservacion de la especie humana, la santa amistad que sirve de lazo á los corazones nobles, todas estas pasiones que llenan nuestras almas, y que son uno de los dones mas preciosos que Dios nos ha otorgado, recaen en séres cuya existencia terrestre está destinada á un fin inevitable. ¿Podriamos creer que este fin de la existencia material de los séres animados con tanto amor, sea la terminacion fatal de estos sentimientos que Dios mismo ha puesto en nues-

tras almas, y que no nos los ha dado con tanto poder, sino para romperlos violentamente para siempre, por la muerte de esos seres amados? ¿Quién de entre nosotros, doblegándose bajo el peso de su dolor, por la pérdida de una madre, de un padre, de una esposa, de un hijo, de una amante, de un amigo, no escucha esa grande y misteriosa voz de la naturaleza, que le dice que aquella pérdida no es mas que una separacion momentanea, y que el objeto de los crueles pesares que destrozan su corazon, se encontrará en un mundo mejor?

Si no queremos confiarnos á este sentimiento íntimo, tan profundo en la mayor parte de los hombres, y solo queremos atenernos á la fria razon reconocerémos que la grandeza de los afectos que Dios nos ha dado, seria un don muy fatal y contradictorio, con la idea que debemos formarnos de su sabiduria, si la muerte nos robase para siempre los objetos de nuestro cariño. Y fijémonos en que las naturalezas más nobles, ardientes y generosas, son las que prueban mas vivamente estos sentimientos tan preciosos para nuestras almas, y que serian ellas por consecuencia, las

que se someterian al golpe mas cruel, si la muerte debiera romper para siempre aquellos sentimientos. ¡Dios nos heriria tanto mas fuertemente, cuanto mas dignos fuésemos de obedecer sus leyes que son todas de afecto, de amor y de abnegacion! ¿En dónde estaria pues la justicia y sabiduría de ese Ser Supremo, que no puede ser sino justo y sábio, puesto que es Todopoderoso? La razon se une pues á nuestro sentimiento íntimo para convenernos de la persistente individualidad de las inteligencias.

¡Dios existe! Ha creado al hombre, designándole determinadas funciones, á la cabeza de su creacion orgánica sobre la tierra; le ha dado la libertad y por consecuencia la facultad de desempeñar bien ó mal el papel que le ha destinado. ¿Cómo pues, este Dios, en cuyas obras encontramos tanta sabiduría, habria podido abandonar las inteligencias humanas á toda su libertad, sin que hubiese de su parte ninguna responsabilidad de sus actos? ¿Cómo habrian sido falazmente imbuidas nuestras almas en los sentimientos de justicia, de que se hayan tan profundamente penetradas, que toda accion debe tener su consecuencia,

su recompensa, el bien; y su represion el mal, y para todas las acciones de nuestra vida no habria ninguna responsabilidad? ¿Perdiendo la individualidad de su alma, despues de su muerte, el hombre malo, y el hombre de bien, se encontrarian, el uno sin recompensa y sin represion el otro? ¿El primero habra quebrantado todas las leyes de Dios, el segundo se habra sacrificado con todo el poder de su alma, y los dos perdiendo su individualidad espiritual, serian igualmente admitidos en el seno de la grande unidad divina, que comprenderia y reuniria incesantemente todas las inteligencias? No, no puede ser, y para admitirlo, seria preciso suponer que no hay bien moral ni mal moral, lo cual examinaremos mas adelante; pero entretanto, y fundándonos sobre el principio del bien y del mal, diremos que no puede haber un destino igual, por la negacion de toda responsabilidad de sus acciones, para el justo y para el culpable, para el hombre de bien que se ha sacrificado por el bien de sus semejantes, y para el tirano que los ha pisoteado; para el corazon tierno y generoso que ha obedecido todos los santos afectos de la naturaleza, y para el

criminal que ha ultrajado todas las leyes divinas y humanas!

Evidentemente está destinado el hombre á vivir en sociedad: como no puede existir ninguna sociedad sin que reinen en ella ideas de justicia que garanticen la seguridad de sus miembros; estas ideas, deben haberse puesto por el mismo Dios al alcance de las inteligencias humanas, puesto que son necesarias al estado de sociedad á que está el hombre destinado. Y como éste ha sido llamado por Dios á conocer y apreciar las leyes de lo justo y de lo bueno; es libre, en su voluntad, para obedecerlas ó para infringirlas, y obrando de este modo, tiene el conocimiento de sus acciones; es, pues, responsable de ellas, y no podemos razonablemente admitir una justicia divina, suprema, que no hiciese aprecio de esta responsabilidad, consecuencia necesaria de la libertad, y que daría un mismo destino á los buenos y á los malos, lo que precisamente sucedería, ya fuese por la destruccion del alma despues de la muerte, ó por su absorcion en la unidad de las inteligencias, lo que acaecería forzosamente, si no hubiese

una individualidad persistente del alma humana.

¿Qué sucedería con esos millones de almas humanas, que han habitado la tierra? se me preguntará. ¿Y todas esas inteligencias que, según decís, pertenecen también, en grados más y más reducidos, á los animales, qué se harán? ¿Y qué hareis con todas las demás inteligencias de las que creis que están poblados los otros mundos celestes, ó mas bien qué hará con toda esa multitud de espíritus tan diferentes, el gran Sér que llamais Dios?

En verdad, contestaremos, que lo juzgais según vuestra medida; y temeis que le falten los mundos, el espacio ó el tiempo, para darles nuevos destinos? ¿O temeis, tal vez, que no sepa que hacer, por falta de sabiduría? ¿Olvidais siempre lo infinito, lo infinito del tiempo, lo infinito del espacio, lo infinito del Universo y lo infinito de Dios!

Confíad en el poder de ese Dios, del que tenéis pruebas tan espléndidas y majestuosas, y sin preocuparos de los medios que emplee para mantener el órden de su creacion, contentaos con estudiar seriamente esta, en lo

que tiene de sensible para vosotros, y ved si podeis concebir la idea del Universo sin creer en Dios, y si podeis creer en Dios, sin admitir como consecuencia inevitable de esta creencia, la inmortalidad real del alma, es decir, la individualidad persistente despues de la muerte.

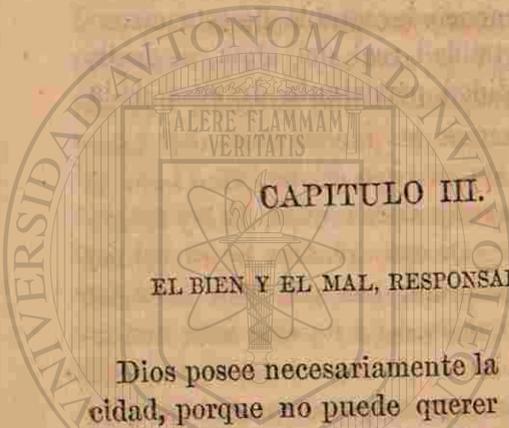
sus criaturas, mientras que el mal es su disminucion.

EL BIEN Y EL MAL FISICOS.

Hemos visto en lo que precede, que las existencias vivas, no pueden sucederse incesantemente en nuestro globo, sino bajo la condicion de sufrir todas ellas, la ley de un fin inevitable. De esto resulta la necesidad de todos los ataques, dados al bien material de esas existencias, á fin de que sean limitadas y perecederas. Y estos ataques tan variados, tan numerosos, indispensables á la sucesion de los séres terrestres, son los que, para estos, constituyen el mal físico.

Supongamos por un momento, que este mal no existe para las criaturas, y veamos lo que resultaria para ellas, tomando al hombre, por ejemplo.

No existiendo el mal, gozaria del bien absoluto; no podria, pues, hallarse sometido á necesidad alguna, porque toda necesidad se convierte en un dolor, cuando no puede satisfacerse; no teniendo necesidad, no tendria ninguno de los goces, que produce la satis-



CAPITULO III.

EL BIEN Y EL MAL, RESPONSABILIDAD.

Dios posee necesariamente la infinita felicidad, porque no puede querer perjudicarse á sí mismo, y siendo todopoderosa su voluntad, debe infaliblemente realizarse: debe pues, poseer el bien absoluto. Mas no sucede lo mismo con las criaturas terrestres, cuya existencia y facultades son limitadas, y no pueden esperar el bien, sino en los límites proporcionados á su naturaleza. Esta misma limitacion es la que constituye el mal; es decir, la restriccion impuesta al desarrollo de sus facultades físicas y morales y á su vida. El bien es, pues, el desarrollo completo de la existencia concedida por Dios á cada una de

faccion de estos, privado de necesidades y por consecuencia, de goces, sus órganos llegarían á ser completamente inútiles; porque no tendría que respirar, que alimentarse, ni que moverse, y su cuerpo no sería más que un aparato iniciativo, desnudo de todo estimulante, de todo móvil, de toda manifestacion de una accion vital.

Se me dirá que este cuerpo habria podido ser organizado de manera que no estuviese sometido á ninguna de esas acciones necesarias á su conservacion, y el poder divino habria podido darle la facultad de sentir solamente y de gozar, por consecuencia, en una quietud absoluta, de todas las felicidades que podia poseer el alma, á la cual estuviese unido.

Y bien, ¿qué sucederia si así fuese? El cuerpo humano, organizado segun esta hipótesis, habria tenido una perfecta duracion, y por consecuencia, como hemos visto antes, no habria podido haber reproducción para los primeros seres creados; porque la reproducción de los individuos de cada especie viva, no es posible sino bajo la condicion rigurosa de la muerte de los individuos que se han

multiplicado de esta manera. ¡Hé ahí, pues, al hombre sin posteridad! Por consiguiente, no hay para el amor, familia, ternura maternal, ni amor filial! No teniendo su cuerpo la menor necesidad, el alma humana, privada ya de todos estos afectos, principales fuentes de su felicidad, no tendrá que entregarse á ningun esfuerzo, á ningun trabajo; y abandonado su pensamiento, que llegará á ser inútil á su turno, se doblará por sí misma en una completa inercia, porque nada tendrá que *querer*, así como ya nada tendrá que *amar*.

Nos vemos, pues, forzados á reconocerlo: sustraer del mal completamente á las criaturas terrestres, es sustraerlas de las necesidades de su organizacion y de la muerte, pero tambien es quitarles todos sus goces, todos sus afectos y aun sus pensamientos; es hacer tan inactiva el alma como lo hubiera sido el cuerpo de estos primogénitos creados en cada especie, cuya vida monótona, sin accion física, sin accion moral, se habria perpetuado inútilmente sobre la tierra.

El mal material, es decir, la limitacion del

bien, es pues una necesidad de la creacion viva en nuestro globo.

EL BIEN MORAL Y EL MAL MORAL.

Como en la creacion terrestre, las inteligencias están íntimamente ligadas á los cuerpos, el bien y el mal intelectuales se unen necesariamente al bien y al mal físico.

Cada criatura tiene su manera de ser particular, y por consecuencia, su destino especial. Todo lo que tiende á desarrollar este destino es *bien* y todo lo que lo contradice es *mal*. El conjunto de estos destinos constituye el orden y la armonía de la creacion terrestre; obrar contra el destino de una criatura, es obrar contra el orden providencial de la creacion y contra las leyes de Dios, esto es hacer el mal moral; obrar, por el contrario, en un sentido favorable á este destino, es concurrir á la armonía de la creacion, es obedecer las leyes divinas, esto es hacer el bien moral.

Para hacer el bien, es preciso, pues, que estudiemos concienzudamente, el destino de cada sér, á fin de conformar á él nuestras accio-

nes. El conocimiento del bien moral, es pues un estudio difícil que exige toda nuestra inteligencia, toda la aplicacion de nuestro razonamiento y toda nuestra voluntad para obedecer las leyes providenciales de Dios. Es por lo que la moral se perfecciona necesariamente, á medida que las ciencias humanas dan á la sociedad una forma mas perfecta. En los pueblos nacientes, la ignorancia ahoga el gérmen de los conocimientos morales, y la conciencia de los individuos que constituyen estos pueblos, es apenas suficiente para comprender los primeros principios del bien y del mal; pero á medida que la civilizacion de los pueblos, llega á un grado mayor de desarrollo, inculca en el ánimo de los hombres que forman parte de ellos, una apreciacion mas completa de sus derechos y de sus deberes; les enseña á conocer mejor, lo que es justo, bueno y bello; ilustra sus conciencias y los pone en estado de arreglar sus acciones, conforme á las leyes del orden y de la armonía universales. [®]

Sean cuales fueren los límites en que se encuentren los individuos, en ese ancho camino de la verdad y del bien, cada uno de

ellos tiene su libertad de accion, que le permite escojer lo que debe hacer en la esfera de su actividad física y moral, en su *poder* y en su *saber!* Mientras menos *sabe*, mas supuesto se halla á hacer el mal; mientras mas *sabe*, mas su conciencia ilustrada le permite juzgar los medios que tiene para hacer el bien.

Cualquiera que sea el grado de conocimientos á que ha llegado, si obra, en toda su libertad por supuesto, contra el bien que conoce es malo y culpable; y si por el contrario, somete su voluntad y sus acciones á su bien moral, cuya apreciacion ha adquirido, es virtuoso y bueno.

La virtud, es decir, la práctica del bien, no es para cada hombre, mas que la aplicacion continúa de los conocimientos que ha adquirido en lo que es el bien. Se perfecciona, por consecuencia, á medida que el conocimiento del hombre se eleva á las mas altas concepciones, y que su inteligencia llega á ser mas capaz de conocer todos los elementos del órden universal de los destinos de cada sér, lo que constituye la ley de Dios.

De esto resulta para los que gobiernan á los hombres, una culpabilidad muy grande,

cuando no emplean todos sus esfuerzos, para procurar derramar en el seno de las naciones, la mayor suma posible de instruccion y de saber.

RESPONSABILIDAD.

Conocer el bien y el mal, y tener libertad para hacer uno ú otro, constituye necesariamente para el hombre la responsabilidad de sus actos. ¿Cómo comprender, en efecto, que pueda indiferentemente hacer el mal ó el bien, es decir, ultrajar ó practicar las leyes del Criador, sin que resulte para él ninguna consecuencia de su manera de obrar, culpable ó virtuosa?

Se reunen nuestros sentimientos y nuestra razon para convencernos de que el justo debe ser recompensado y castigado el malo. La experiencia de la vida nos enseña, que la sabiduría divina, arreglando, bajo el nombre de Providencia, las leyes generales que rijen los destinos de las criaturas, absolutamente hace entrar esas recompensas y esos castigos en la duracion limitada de nuestra existencia terrestre; porque vemos frecuentemente la de

los malos feliz, y floreciente, y la del hombre de bien sufrida y miserable. Es pues, en el destino que sigue su existencia terrestre, en el que debe ejercerse la justicia divina.

En efecto ¿cómo sería este destino perfecta é inmediatamente igual, para el vil egoísta que no ha pensado mas que en la satisfaccion de sus goces, y para el corazon generoso que se ha sacrificado por alguna de esas grandes ideas, sobre las que está basada la felicidad de sus semejantes; para el magistrado prevaricador que se ha enriquecido con las familias, y para el hombre valeroso que ha tomado sin cesar la defensa de los débiles y de los oprimidos; para el traidor que ha vendido á su patria, y para el héroe que le ha sacrificado su vida; para el déspota que ha privado á sus pueblos de libertad, de instruccion, y de bienestar, y para el hombre que ha consagrado su vida al desarrollo de su estado social; para el avaro, el usurero, el asesino, el parricida, y para el hombre caritativo, bueno y que ama á la humanidad, á su patria, á sus amigos y á su familia? ¡No, tantas virtudes por una parte y tantos crímenes por la otra, no pueden tener la misma suerte!

El objeto evidente de la creacion, es el desarrollo de cada sér hácia su perfeccion. Resulta que todo sér inteligente que ha desempeñado conforme á las leyes divinas, el papel que se le ha asignado en la naturaleza, debe pasar á un estado de perfeccion superior. Así pues, el hombre que ha obedecido, con sabiduría y afecto, las leyes de su destino terrestre, tiene derecho para contar con un destino nuevo, progresivo, superior para su alma, cuando quede libre por la muerte, de sus lazos materiales.

Esta existencia nueva, mas perfecta, mas feliz, mas inteligente, mas sábia, pasará en alguno de esos otros mundos que pueblan la inmensidad, y con cualidades muy diferentes de las de la existencia terrestre.

Esta emigracion de las almas hácia un destino y mundos mejores, ¿alcanzará al instante el último grado de su perfeccion, ó no llegará á éste mas que por existencias transitorias y emigraciones sucesivas? ¿Quién lo sabe? Pero lo que me parece seguro, es que nuestra alma pasará, con su individualidad inalterable, á una existencia ó á séres de existencias

superiores, mas perfectas y capaces de ciencia, de virtud y de afectos.

Este destino, completamente progresivo de la existencia del alma, lo adquirirán con el tiempo todos los hombres; pero no todos podrán llegar á él con el mismo derecho, y por consecuencia, con la misma felicidad.—El culpable, el malo, el criminal, tendrán sin duda que pasar por estados intermedios, dispuestos por la sabiduría divina, de manera que les den las cualidades morales que no han sabido adquirir durante su existencia terreste, y que puedan conducirlos al punto de perfeccion á que habrían debido llegar abandonando éste; porque solo despues de haber sido purificados de este modo, serán aptos para seguir el destino mas perfecto, concedido como justa y progresiva recompensa del cumplimiento de las virtudes impuestas al hombre en la tierra.

¿Cuáles serán estos estados transitorios, que tengan por objeto la mejora y purificacion de las almas indignas aún de gozar de una existencia mas elevada? Repito: ¿quién lo sabe? Pero lo seguro, sin embargo, es que ellos serán los que constituirán el castigo del

mal que han cometido durante la vida humana, propiamente dicha; porque es preciso que las faltas efectuadas durante ésta, sean reparadas, y que los que son sus autores se hagan dignos de sus destinos ulteriores en la armonía universal. Lo que tambien es seguro, que no serán sino pasajeros y no tendrán mas objeto que el de la mejora de las inteligencias que los sufran, y que se encontrarán retardados en la vía del progreso de las existencias, hasta que se hagan capaces de continuar su marcha providencial. Dios no someterá á las almas culpables á esas condiciones intermedias para vengarse, sino para completarlas, y no se encontrarán, sino por mas ó menos tiempo, segun su capacidad ó su indignidad, detenidas en su ascension hácia un destino mas feliz.

Rechacemos, pues, el triste y lúgubre sueño de las penas eternas, que no serian mas que el hecho desproporcionado de ilimitados sufrimientos, aplicados por un Dios cruel, por faltas, cuya duracion no es mas que de un momento, á individuos á quienes su naturaleza, formada por él, ha hecho sujetos á error. ¡Atrás, pues, Satanás! Tú que no eres mas

supuesto

que un pretendido dios del mal, cuya existencia probaria que el Criador ha podido y puede engañarse! ¡Atrás tú y tu infierno! ¡Tu monstruca mágia, y la de tu reino, mas monstruoso aun, no nos causa el menor espanto! ¡Son los llamamientos de la verdad, es la antorcha de la ciencia y de la razon, es la gran voz de Dios, brillando en la grandiosa armonía de sus obras, quienes nos conducen por el camino de la virtud, hácia los destinos del porvenir!

LIBRO CUARTO.

DERECHOS Y DEBERES.

CAPITULO I.

DERECHOS Y DEBERES DEL HOMBRE RESPECTO A LAS DEMAS CRIATURAS.

Colocando al hombre en el primer rango de las criaturas, Dios le dió sobre ellas derechos incontestables, y le impuso deberes que tenia que cumplir con ellos.

Estos ~~deberes~~ ^{deberes} son: usar con prudencia de todos los recursos que los animales y las plantas pueden ofrecer á la satisfaccion de sus necesidades y de sus goces legítimos. Su organismo exige el alimento y el vestido, y no puede encontrar uno y otro, mas que en los

supuesto

que un pretendido dios del mal, cuya existencia probaria que el Criador ha podido y puede engañarse! ¡Atrás tú y tu infierno! ¡Tu monstruca mágia, y la de tu reino, mas monstruoso aun, no nos causa el menor espanto! ¡Son los llamamientos de la verdad, es la antorcha de la ciencia y de la razon, es la gran voz de Dios, brillando en la grandiosa armonía de sus obras, quienes nos conducen por el camino de la virtud, hácia los destinos del porvenir!

LIBRO CUARTO.

DERECHOS Y DEBERES.

CAPITULO I.

DERECHOS Y DEBERES DEL HOMBRE RESPECTO A LAS DEMAS CRIATURAS.

Colocando al hombre en el primer rango de las criaturas, Dios le dió sobre ellas derechos incontestables, y le impuso deberes que tenia que cumplir con ellos.

Estos ~~deberes~~ ^{deberes} son: usar con prudencia de todos los recursos que los animales y las plantas pueden ofrecer á la satisfaccion de sus necesidades y de sus goces legítimos. Su organismo exige el alimento y el vestido, y no puede encontrar uno y otro, mas que en los

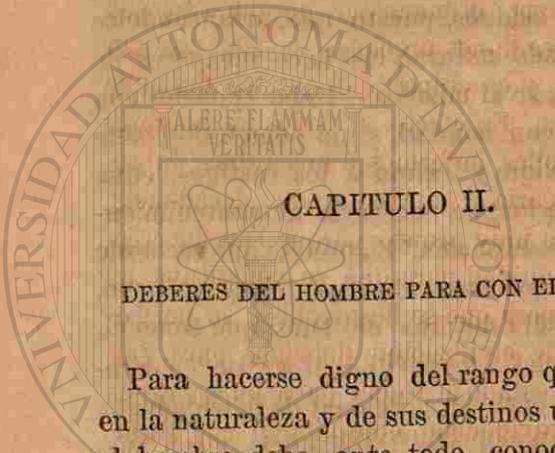
despojos de los séres vivos sobre los que se estiende su poder. Tiene, pues, derecho de ejercer éste, sea reduciéndolos al estado doméstico, como lo verifica con ciertos animales, sea arrancándolos de su estado natural, como lo hace para el cultivo, ó privándolos de la vida, como hace con los animales perjudiciales, y con los que deben servirles de alimentos; tiene derecho, repito, de ejercer este poder de su fuerza y de su inteligencia sobre todos los séres de la creacion *telusiana*. Seria ocioso insistir sobre este hecho, al que únicamente se oponen las supersticiones religiosas de algunos pueblos del Oriente.

Si el hombre tiene derechos tan estensos sobre la creacion viva que lo rodea, tiene tambien deberes que cumplir con ella. Tomando en consideracion, el destino de cada una de las criaturas, en la armonía general, no debe extinguir y hacer desaparecer razas enteras, no; ni aun las que le parezcan mas perjudiciales. No debe dar la muerte á aquellos cuyos despojos le procuran el vestido y el alimento, sino solo con el objeto de emplear útilmente esos despojos, sin abuso y sin crueldad: debe evitarles, en cuanto le sea po-

sible, los sufrimientos que son el triste acompañamiento de la muerte que les aplica.

Debe á sus animales domésticos los cuidados mas asiduos, puesto que, arrancándolos de su estado natural, los hace incapaces de cuidarse por sí mismos. Debe tratarlos con dulzura, con bondad, y no someterlos, sino con reflexion y calma á los castigos, cuya aplicacion juzgue necesaria, al mantenimiento de su dominacion. Es preciso que recuerde sin cesar, que esos animales, de que es dueño, son como él criaturas de Dios; que como él, son sensibles á los sufrimientos y tienen derecho á una parte proporcional de felicidad; que como él, tienen una inteligencia, y son susceptibles de afecto y de adhesion.

En el ejercicio de sus deberes para con los animales, el hombre aprende muy pronto á conocer, que mientras mas es el cuidado con que los desempeña, mayores son las ventajas que obtiene; por que la docilidad, el contento, la salud, la prosperidad de estos animales, convertidos en sus esclavos, están en proporcion, del buen trato que con ellos emplea, y sus progresos aumentan la fuente de su bien estar y de su riqueza.



CAPITULO II.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON EL MISMO.

Para hacerse digno del rango que ocupa en la naturaleza y de sus destinos ulteriores, el hombre debe, ante todo, conocerse á sí mismo. Es pues, necesario, que haga un estudio continuo de su propia naturaleza, material y moral, á fin de que conozca los límites en que puede y debe satisfacer las exigencias de la primera, y los deberes y aspiraciones de la segunda.

Habiendo adquirido bien el conocimiento de su personalidad, el hombre tiene el deber de conformarse á las leyes de la creacion, haciendo los esfuerzos convenientes para procurarse la satisfaccion de las necesidades

y de los goces lejítimos que puede tener su cuerpo. Debe emplear en éste el cuidado necesario para que adquiera ó conserve la salud, la fuerza, el bienestar, porque estos son otros tantos dones preciosos, concedidos por el Criador, y es culpable el que los descuida ó abandona. En efecto, si todos los hombres fuesen débiles, enfermos ó miserables, la sociedad llegaría á una completa decadencia, y perecería muy pronto; porque Dios ha creado la humanidad para que se constituya en sociedad, para que se desarrolle y se perfeccione por la civilizacion; debemos pues, ponernos en estado de tomar parte en esa grande obra providencial, cumpliendo con nosotros mismos todas las condiciones necesarias á nuestra propia conservacion, y por consecuencia, á la conservacion general de la sociedad, de la que la nuestra es un elemento.

Si es nuestro deber cuidar asiduamente nuestro cuerpo, que no es mas que el instrumento material de nuestra vitalidad humana, con mucha mas razon debemos fijar nuestra atencion, completamente y con el mayor estudio, en nuestra alma, que es la esencia misma de nuestra individualidad. Debemos tra-

tar de estender constantemente nuestros conocimientos á fin de elevar nuestra inteligencia á ideas mas grandes, mas justas, mas verdaderas; fortificar nuestra razon, á fin de perfeccionar nuestro juicio y nuestra conciencia, y conducirlos á una certidumbre mas completa, á concepciones mas vastas y mas profundas; purificar y desarrollar nuestros sentimientos, á fin de apreciar mejor todo lo que es bello, útil y bueno; elevar, en fin, nuestros afectos, para hacerles dignos de su nobleza, de su naturaleza divina, y obtener mayor suma de felicidad.

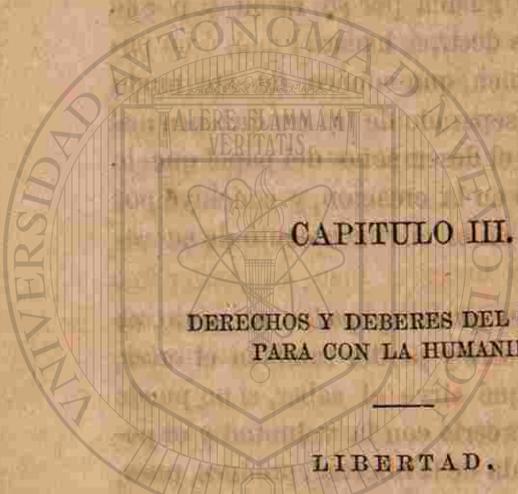
En todas sus acciones, el hombre no deberá obrar mas que para el bien; porque el bien es la ley providencial de la creacion, y hacer el mal ó no hacer el bien, es ultrajar esta ley; y hacerse reo de este ultraje, es constituirse responsable, y por consecuencia perjudicarse á sí mismo.

Desatender su bienestar físico, ó sacrificarlo á ciertas ideas de privaciones, con la esperanza de agrandar á Dios, no puede ser mas que un error; porque, repetiremos por última vez, si cada hombre obrase así con perseverancia, pereceria la humanidad, lo cual

seria contrario á la voluntad de Dios, á quien no puede complacerse por consecuencia, haciendo lo contrario de lo que es preciso ejecutar para continuar su obra.

Desatender el desarrollo de las facultades de su inteligencia, es faltar por su culpa al destino del hombre en la naturaleza; desatender sus afectos, es inutilizar para sí mismo el mas bello don del Criador, la facultad de amar; dejar de hacer el bien, es perder una parte de su propia felicidad, faltar á su mision, y esponerse á la represion ulterior de sus faltas.

Podemos resumir en pocas palabras los deberes del hombre para consigo mismo; conocerse, buscar el bienestar físico, estender sus facultades intelectuales, estudiar sin cesar el bien, quererlo y ejecutarlo siempre, y entregarse con felicidad á los afectos de que Dios ha hecho el elemento mas rico de nuestra prosperidad sobre la tierra. En una palabra, el deber del hombre para consigo mismo, es obrar con el objeto de adquirir la mayor suma posible de bienestar físico, intelectual y moral.



CAPITULO III.

DERECHOS Y DEBERES DEL HOMBRE PARA CON LA HUMANIDAD.

LIBERTAD.

Todo hombre tiene derecho de pretender la felicidad, puesto que los elementos se los ofrece la misma naturaleza. Debe encontrar, en una buena organizacion de la sociedad humana, todas las condiciones necesarias para satisfacer á sus justas aspiraciones, y esto es lo que constituye la legitimidad de sus derechos.

El primero, el mas inalienable, el mas sagrado de estos derechos del hombre en la sociedad, es la libertad. En efecto, enagenando

ó perdiendo su libertad, el hombre es incapaz de obrar segun su propia voluntad, que siempre debe ser guiada por su razon y por su conciencia; es decir, á hacer el mal, ó no poder hacer el bien, que conoce; de este modo se encuentra separado de las condiciones necesarias para el desempeño del papel que le está asignado en la creacion, y concluye por embrutecerse en el envilecimiento de su esclavitud.

Ser libre, es *querer y poder*; no serlo, es perder uno y otro y perder tambien el *saber*, porque, ¿de qué sirve el saber, si no puede aplicarlo y ejercerlo con la voluntad y el poder? La pérdida de la libertad, produce, pues, la de nuestras facultades intelectuales, que quedan forzosamente inactivas; degrada á la humanidad, y la hace descender de su destino providencial.

Si la libertad individual es un derecho imprescriptible y sagrado, no es justa y practicable, sino bajo la condicion de concurrir á la libertad general, y al bienestar general de la sociedad entera, entre cuyos miembros debe existir una mancomunidad y una indispensable reciprocidad de mútua proteccion. No es

permitido á un hombre, someter á las exigencias de su propia libertad, es decir, á sus deseos particulares, una parte cualquiera de la sociedad, así como no es permitido á ésta, oprimir la libertad de uno solo de sus miembros.

El interés de mancomunidad, de salud y de felicidad, exige, pues, que toda sociedad humana someta el uso de su libertad, á una autoridad que sepa arreglarla con la sabiduría necesaria á un justo equilibrio entre todas las libertades individuales. De este principio se derivan la autoridad privada del padre de familia y la autoridad pública ó social.

La autoridad del gefe de familia se establece naturalmente por sí misma, y no está sujeta á discutirse mas que en el caso de que abuse de su poder, ya sea en la fuerza ó en la duracion; tiene por base los afectos mas santos y los elementos naturales sobre los que descansa toda sociabilidad.

No sucede lo mismo con la autoridad social, que no puede ser mas que el resultado de nuestra razon y de nuestra sabiduría, en reconocer la utilidad de someter el uso de las libertades individuales, á reglas que puedan

garantizar la libertad general y el bien público. Mas para llegar á este resultado, es preciso que esta autoridad sea conforme á la razon, á la justicia y al destino de la humanidad; es preciso que sea, por lo menos, en sus bases fundamentales, el producto de la eleccion y del consentimiento de la mayor parte de aquellos sobre quienes debe ejercerse. Cuando se impone por la fuerza ó es violenta, despótica é injusta, cuando es contraria al desarrollo material, intelectual y moral de la humanidad, se convierte en ilejítima, odiosa y hostil.

La autoridad es tan necesaria, como sagrada la libertad, y de su combinacion sábia y armónica, resultan los progresos de la civilizacion. Así pues, son muy culpables los que quisieran ahogar la libertad bajo el peso de su autoridad, y muy extraviados los que quisieran separar la autoridad; porque destruyendo ésta, atacarian á la misma sociedad. ®

El progreso de la humanidad se funda, en el equilibrio que debe establecerse entre la autoridad y la libertad, y la investigacion de este equilibrio constituye el grande y magnífico problema de los tiempos modernos.

IGUALDAD.

La sociedad debe á cada uno de sus miembros igual proteccion, igual libertad, y esto es lo que constituye la *igualdad* á que cada hombre tiene derecho.

Pero la sociedad no puede deber á cada uno igual suma de felicidad. El bienestar individual no puede ser mas que el resultado de sus propias acciones, y por consecuencia, el fruto de su inteligencia, de sus esfuerzos, de su *trabajo*, en fin; porque el trabajo, fundado sobre sus necesidades, es el gran motor que Dios ha dado al hombre, para hacerlo marchar en la vía del desarrollo de todas sus facultades. Del trabajo de cada uno, resulta, pues, el grado de bienestar á que puede llegar, y no puede pretender mas igualdad, que la que le debe la sociedad, para ponerlo en estado de gozar del desarrollo voluntario de sus propios esfuerzos y de su actividad.

La sociedad debe igualmente á todos sus miembros, un fácil acceso á todas las condiciones de que pueden tener necesidad para emplear y desarrollar sus facultades físicas, intelectuales y morales. Debe ofrecer á cada

uno los medios de instruccion y de trabajo, para los cuales es propio, y no puede, sin hacerse criminal, dejarlo en la imposibilidad de alimentar su alma con la instruccion, y el cuerpo con el justo salario de sus labores. Todo hombre tiene derecho de pensar y de vivir; es preciso, pues, que encuentre en el estado social, por el cual está privado de los recursos que le ofreciera el estado de pura naturaleza, condiciones tales, que haciéndose digno, pueda satisfacer las necesidades de su alma y de su cuerpo.

La proteccion que la sociedad debe á la propiedad, es decir, al goce adquirido de cierta suma de bienestar material, lo debe tambien á la apropiacion ó derecho de adquirir, por el trabajo, el bienestar, y con mucha mas razon, todo lo que es necesario é indispensable á la existencia. En efecto, admitiendo la negacion de este último derecho, y dando al primero un valor sin límites, llegaríamos forzosamente á la posibilidad de este resultado odioso y funesto, que una parte de la humanidad, compuesta de cierto número de poseedores á los que pertenecerian todos los bienes de la tierra, podria privar de todo medio de

vivir á la otra parte de la sociedad, á la que nada poseyese! El equilibrio que debe establecerse entre el derecho de adquirir por el trabajo presente, y el de poseer por el trabajo pasado, es, sin contradiccion, uno de los problemas mas difíciles de resolver por los legisladores modernos y futuros.

En cuanto á la igualdad de riquezas, de bienestar, de goces, no seria mas que una vana y culpable utópia, si alguno pudiese soñarla. Esos bienes no deben ser sino el resultado del trabajo, y la naturaleza no nos ha hecho á todos igualmente aptos para elevarnos por el trabajo á la misma altura intelectual ó física; el bienestar, recompensa el fruto del trabajo; debe pues arreglarse proporcionalmente al grado de perfeccion á que puede llegar este para cada uno de nosotros. Pero si reproduce necesariamente esta inevitable desigualdad, entre los diferentes miembros de la sociedad, es preciso, por esta razon, que gocen en su mas completa plenitud, de la igualdad que tienen derecho de pretender en la libertad, de la proteccion y de los medios de instruccion, de trabajo, de propiedad y de apropiacion que les debe legítimamente.

Es preciso que los hombres, iguales ante la sociedad, como lo son delante de Dios, no tengan *amos ó señores* en las personas de los que nos gobiernan, sino únicamente guías benévolo encargados de establecer y de aplicar leyes progresivas que estén siempre en armonía con el desarrollo de su civilizacion esencialmente perfectible.

FRATERNIDAD.

No hacer á otro lo que no quisiérais que os hiciesen, y hacer con la mayor frecuencia posible lo que deseárais os hiciesen; tal debe ser la regla fundamental de todas las acciones humanas, la ley que enuncia y encierra el conjunto de todos los deberes del hombre para con el hombre! Esta ley, toda de caridad y de amor, nos ordena que consideremos á todos los hombres como hermanos, y como si no formasen mas que una familia única de la que todos somos hijos, bajo el mismo título y bajo el mismo grado, y de la que Dios solo es el padre.

Si todos nos penetrásemos profundamente de este principio sagrado, nuestras acciones

todas no tendrian por objeto mas que el bien, y no existiria en la tierra otro mal, que el inherente á nuestra naturaleza *necesariamente* mortal. El dia en que reine soberanamente sobre la humanidad, no habrá faltas, ni abusos, ni crímenes, sino con muy raras escepciones, y resplandecerá, en su gloria, con todo el brillo de la verdad, de la justicia, de la bondad y de la felicidad. No habrá entonces anarquía ni despotismo, ni tiranos, ni satélites, ni servidumbre, ni miserias, ni ignorancia, ni supersticiones; y la sociedad compuesta de hombres á quienes una el sentimiento fraternal, y afectuosos unos con otros, gozará de la paz y de la felicidad que son el objeto evidente de su destino providencial.

Para llegar á este resultado del porvenir, es deber de todo hombre, consagrar á él toda su voluntad y todas sus acciones. Debe guiarse constantemente por el pensamiento de no hacer cosa que pueda ser perjudicial, y ejecutar todo lo que pueda ser útil á sus semejantes, y por consecuencia, al progreso de la humanidad; ser caritativo y bueno con todos aquellos sobre quienes se ejerce alguna autoridad; libre y digno, pero dócil, con aquellos

que son superiores en poder; y con todos, ya sean superiores, iguales ó inferiores en rango social, equitativo, leal, justo y afectuoso. Si tiene que ejercer algun poder, debe recordar sin cesar, los límites, bajo los cuales se le ha confiado ese poder, á fin de no traspasarlos jamás y hacerlo concurrir solamente al desarrollo de bienestar general, material, intelectual y moral; mientras mas estenso sea ese poder, mas deberá penetrarse al que lo ejerza, de la sabiduría, prudencia y bondad, con que debe hacerse uso de él.

PROGRESO.

El progreso consiste en establecer sucesiva é incesantemente, en la sociedad, condiciones nuevas y mejores, bajo las cuales se pueda producir, mas saber, mas moralidad y mas felicidad. No es pues otra cosa que la práctica de la perfectibilidad humana, y todo hombre tiene el deber de consagrar á ella todos sus esfuerzos, en lá esfera de su actividad.

Las sociedades humanas, aun las mejor organizadas, tales como las de los pueblos, que en nuestros dias se hallan á la cabeza de la

civilizacion, están muy lejos todavía de haber alcanzado en sus leyes, sus instituciones y sus costumbres, el grado de perfeccion á que llegarían por la sola aplicacion del principio de fraternidad, comprendido segun la justa apreciacion del destino humano, y practicado en un sentido armónico y concordante con este mismo destino.

Sin embargo, estudiando la marcha seguida por la humanidad, desde que nos fué revelada por los anales de la historia ¿no la vemos avanzar constantemente hácia un incontestable progreso? ¿No vemos por todas partes, á la barbárie de las primitivas edades, ceder el paso á sociedades capaces ya de grandes cosas, pero sometidas al odioso sistema de la esclavitud, y borrarse en seguida á su turno este sistema irritante y tan cruelmente abusivo, ante la organizacion menos funesta y menos opresiva de la servidumbre, que el desarrollo de nuestra civilizacion moderna, á nuestra propia vista, acaba de hacer caer en ruinas, en el país en donde aún existe? En aquellos que mas avanzados están hace mas ó menos tiempo sustraídos á las leyes tiránicas de la servidumbre, ¿no vemos el des-

potismo y el pretendido *derecho divino* arrastrados para siempre por los grandes principios de la libertad, del poder electivo y de la eleccion nacional por la delegacion de la autoridad á los gefes de los Estados? ¿Las tinieblas de la ignorancia y de las supersticiones, no se disipan lentamente, es verdad, pero de una manera segura ante la brillante luz de las ciencias y de la verdad? Las miserias profundas de las masas populares sometidas al régimen absoluto de otro tiempo, ¿no se hallan reemplazadas por el mayor número de ciudadanos, que forman las naciones mas avanzadas, por un bienestar general, insuficiente aún, puesto que no penetra hasta la generalidad, pero incontestablemente progresivo y mas y mas universal?

Apenas nos separan uno ó dos siglos del tiempo, en que atadas á la gleba, las poblaciones de las comarcas mas felices hoy, se hallaban entregadas á las leyes mas arbitrarias, á la ignorancia, á las escaseces periódicas, á pestes frecuentes; á guerras de invasion y de pillaje, de religion, de conquistas, guerras dependientes del capricho de algun soberano cruel: y ahora, esas poblaciones gozan

de instituciones que garantizan su libertad y sus bienes; se enriquecen por medio del comercio y de la industria, que las ponen en comunicaciones continuas entre sí, con todas las partes del globo; ven aumentarse diariamente su poder por las maravillas de las ciencias y de las artes mecánicas; se ilustran y se instruyen; y la guerra no es para ellas mas que una plaga pasajera que los gefes de las naciones, se ven obligados á evocar únicamente con un fin de interés general.

¿Quién, pues, estudiando la historia de los hombres, se atreveria á decir que no existe el progreso? Es la luz de la humanidad, y solo los ciegos no la ven! Es la ley de Dios, porque es el fundamento y el desarrollo evidente del destino humano.

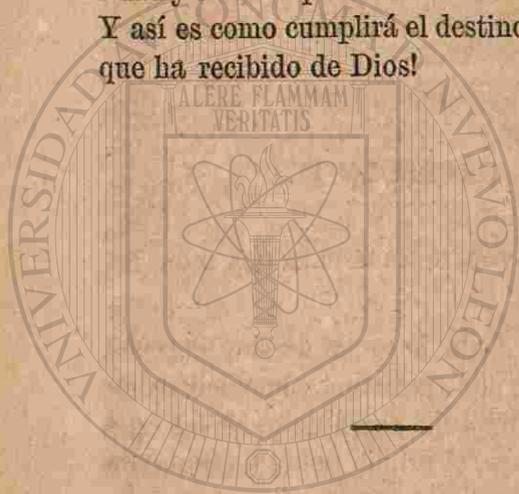
Considerado cuidadosamente, el hombre está llamado al trabajo por su misma naturaleza y por la fuerza de las cosas, y trabajando se perfecciona inevitablemente. ¿Cómo, pues, la sociedad, formada por la reunion de estos individuos que no pueden vivir sin trabajar, y que no pueden trabajar sin perfeccionarse, no podria llegar á ser mas y mas perfecta, á medida que avanza en su marcha laboriosa,

lenta pero inmutable? ¡Marcha lenta, muy lenta hasta nuestros dias! pero que en el siglo que corre, ha tomado una rápida aceleracion, y va á lanzarse con mas prontitud en lo futuro empujada por la ciencia, la industria y la libertad!

Oh! qué admirable espectáculo presentará la humanidad á medida que avance en el camino de su perfectibilidad, destruyendo á su paso todos los abusos, todas las injusticias, todas las tiranías, todas las miserias, todos los males, en fin, que han podido resistir hasta este dia y sobreviven á la noble y gran lucha que les ofrece el espíritu de la civilizacion moderna; y cómo esa humanidad, mas y mas triunfante y gloriosa, derramará por todas partes sobre sus hijos los beneficios de la libertad y de la ciencia, de la igualdad y del bienestar, del amor y de la fraternidad, y de todas las riquezas que el globo entero produzca á su justa ambicion!

Sí, hace muchos siglos que la sociedad humana, comenzó su viaje providencial hácia su estado de perfeccion; por mucho tiempo buscó su camino y lo encontró al fin; acaba de lanzarse con paso rápido, y que acelerará mas

y mas, porque todos los dias adquiere nuevas fuerzas, gages de sus próximas conquistas; ¡avanza y avanza! y avanzará con mas seguridad y con mas prontitud á cada siglo futuro. Y así es como cumplirá el destino y la mision que ha recibido de Dios!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

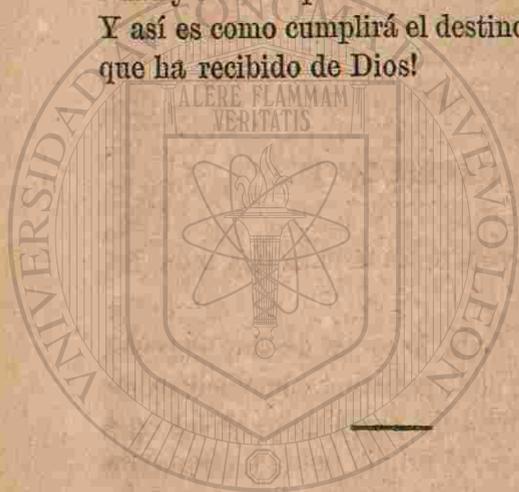
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO IV.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS.

Habiendo dado Dios un destino especial á cada objeto de su creacion, y habiendo colocado al hombre á la cabeza de todas las criaturas terrestres, el primer deber de éste para con Dios, es comprender y desempeñar el papel que le fué asignado en la naturaleza. Para concurrir á esta mision general de la humanidad, cada uno de sus miembros debe por consecuencia, tratar de adquirir el grado de perfectibilidad á que le es dado llegar, y es deber de la sociedad establecer el orden necesario, para desarrollar, lo mas que sea posible, todas sus fuerzas materiales, intelectuales y morales.

y mas, porque todos los dias adquiere nuevas fuerzas, gages de sus próximas conquistas; ¡avanza y avanza! y avanzará con mas seguridad y con mas prontitud á cada siglo futuro. Y así es como cumplirá el destino y la mision que ha recibido de Dios!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO IV.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS.

Habiendo dado Dios un destino especial á cada objeto de su creacion, y habiendo colocado al hombre á la cabeza de todas las criaturas terrestres, el primer deber de éste para con Dios, es comprender y desempeñar el papel que le fué asignado en la naturaleza. Para concurrir á esta mision general de la humanidad, cada uno de sus miembros debe por consecuencia, tratar de adquirir el grado de perfectibilidad á que le es dado llegar, y es deber de la sociedad establecer el orden necesario, para desarrollar, lo mas que sea posible, todas sus fuerzas materiales, intelectuales y morales.

Por la organizacion progresista de la sociedad, la humanidad se conforma á las leyes de la Providencia y cumple sus deberes para con Dios. Para obedecer dignamente á la soberanía del Gran Ser, el género humano debe esforzarse constantemente, en elevarse en sabiduría, en ciencia, en razon, en justicia, en verdad, en afecciones y en sacrificios por el bien general.

Amando la verdad, la belleza y el bien, poniéndonos, por el trabajo, en estado de practicarlo sin cesar, y por consecuencia de aproximarnos á la perfeccion asignada á nuestra naturaleza, rendimos al Criador el homenaje que le debemos, por nuestra obediencia á sus leyes.

A este homenaje vienen á unirse el de la admiracion profunda que deben inspirarnos sus obras, y el de la adoracion ardiente y reconocida que debemos sentir por su divino autor. Estos sentimientos serán tanto mas elevados y completos, cuanto mejor hayamos llegado á comprender la majestuosa y poderosa grandeza del Universo.

El deber de adorar á Dios se halla enérgicamente impreso en el alma humana, y para

satisfacerlo se han establecido en todos los puntos de la tierra y en todas épocas, los cultos religiosos, tan numerosos, cuyo objeto es ponerlo en práctica por medio de manifestaciones exteriores. Desgraciadamente para la humanidad, estos cultos tan variados, tan en poca armonía unos con otros, en sus contradicciones se han alejado, mas ó menos, de la unidad divina y de su ley providencial de perfectibilidad humana.

Cada uno de ellos, á su turno, proclama que es solo el bueno y verdadero, y condena á los demas; cada uno de ellos tiene sus milagros, es decir, su creencia en hechos sobrenaturales cuya posibilidad se halla en oposicion absoluta con las leyes inmutables dadas á la naturaleza por la sabiduría divina; y todos tienen igualmente, la conviccion de poder modificar por medio de sus ceremonias y de sus fórmulas, en circunstancias particulares y para intereses especiales, los efectos invariables de la Providencia general que rige al Universo. ¡Qué de disidencias, de discordias, de tiranías, de guerras, de desgracias sin fin, no han derramado sobre la raza humana los pocos miles de cultos diferentes entre los que se ha dividido!

Todas esas calamidades desaparecerán á medida que la humanidad, mas perfecta, se una enteramente en la adoracion de un mismo Dios, del Supremo Criador, cuyas leyes, mejor comprendidas, reumirán á todo el género humano en una inmensa familia de hermanos, ligados unos á otros por los lazos del cariño, del afecto y de la solidaridad. Reunidos entonces por el saber y la virtud, en una adoracion inmensa de la Divinidad, los hombres podrán manifestarla por un culto sublime y grandioso, con todo el poder de la riqueza y de la majestad que les darán los beneficios de las ciencias y las maravillas de las artes.

En esos tiempos, todavia muy distantes de nosotros, el reinado de la verdad resplandecerá sobre la tierra, y la humanidad gozará de toda la felicidad, que en la armonía general de su creacion de los mundos y de los seres, que deben animarlos, ha asignado Dios á su destino. Hoy esa armonía no se halla mas que en su infancia; pero es seguro su desarrollo, y avanzará en medio de los siglos, hácia su perfeccion, porque Dios lo quiere!

FIN.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

(1) Trilobítica; es decir, de los Trilóbeos ó Tribóbitos, órden de crustáceos fósiles pertenecientes á los terrenos esquistozos antiguos. Estos animales que poblaban los mares en la antigüedad, han desaparecido completamente y solo se hallan sus restos fósiles.

(2) Megalosauriana; es decir, de los Megalosauros que era una grande especie de reptiles. Cuvier cree que era un animal marino del tamaño de la ballena y muy voraz.

(3) Paleoteriana ó paleotérica; es decir, de los paleoterios, animales fósiles del tamaño de un caballo los mayores y los menores del de un corzo.

(4) Mammútica de los Mammut: elefantes fósiles de la Siberia, llamados por los naturalistas elefantes primordiales.

(5) Antrópica; es decir, la raza humana.

(6) Moho. Especie de vegetacion que nace en los cuerpos en que se encuentra una materia vegetal, agregada á cierta cantidad de agua y que se desarrolla sobre todo cuando ésta materia comienza á entrar en putrefaccion. Es una

cosa muy curiosa, ver el moho con el microscopio: representa una especie de prado cubierto de yerbas y flores, unas en boton, las otras abiertas, y otras marchitas, teniendo cada una su raíz y su tallo redondo, largo y trasparente y cuya sustancia se asemeja á la de los hongos.

(7) Baobab. Arbol gigantesco, de Africa, de América y de Oceanía. La altura del tronco raras veces escede de 4 á 5 metros y adquiere con la edad una circunferencia de 25 á 30 metros. Sus frutos son un artículo de comercio en el Senegal. Todas las partes de este Arbol abunda en mucilago; los negros secan las hojas á la sombra para reducir las á polvo, que les sirve de alimento. La ceniza del fruto produce un excelente jabon.

(8) Aradores. Acaros. Género de insectos que comprende cuatro especies, de las que unas se crían en el queso y demas sustancias sujetas á putrefaccion, y otros en las pústulas de la sarna, en las plantas, etc.

(9) Mónades. Nombre dado á cada uno de los entes simples, no compuestos de partes y por consiguiente indivisibles, sin estension, ni figura, ni movimiento, especie de átomos que segun Leibnitz entran á formar todos los demas cuerpos.

(10) El castor es célebre por su industria. En el estío habita unas madrigueras que abre á la orilla de los rios, y en el invierno unas chozas que construye, á la orilla de los rios ó en medio de las aguas. Estas chozas tienen dos pisos, uno bajo del agua para sus provisiones, el otro encima para su habitacion. En las aguas que tienen curso, coloca delante de su habitacion, unos diques sólidamente contruidos. Para esto corta las ramas de los árboles, las hace rodar hasta el rio y las abandona á la corriente hasta el lugar que ha escogido; allí mientras se sumerjen unos castores para abrir un agujero en el fondo del rio, otros colocan verticalmente la estremidad de la estaca que fijan con arena, y habiendo formado dos líneas de estacas las entrelazan con ramas flexi-

bles, y llenan el hueco con piedras y tierra. Estos diques tienen de 3 á 4 métrros de base y mas de 60 métrros de longitud. Los castores viven regularmente en sociedad: sus reuniones se componen de 2 á 3.000 individuos excepto en Europa en donde son tenazmente perseguidos por el hombre para utilizar sus pieles que son muy estimadas.

(11) Andaman (islas de) Archipiélago de cuatro islas principales, de ocho menores y de muchos islotes ó rocas. Las tres primeras forman la pretendida isla *grande Andaman* de los geógrafos; la otra mas meridional es conocida con el nombre de *pequeña Andaman*. El grupo entero de islas se halla situado entre el golfo de Bengala, y la isla de Sumatra. Están habitadas por una raza de negros antropófagos, que tienen gran aversion á los estrangeros. Son astutos, vengativos y crueles: apenas se hallan vestidos, y se alimentan con mariscos, pero no desdennan ni las serpientes, ni las lagartijas, ni las ratas, y son notables por su fealdad, tanto como por el estado de completo embrutecimiento en que viven, sin manifestar el mas pequeño deseo de salir de él.

(12) Papinacia—Nueva Guinea. Los naturales de esta isla, se aproximan mas que á ningun otro pueblo á la familia etiope, y se consideran como muy atrasados en civilizacion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA DE LAS MATERIAS.

LIBRO I.

EL UNIVERSO.

| | | | |
|----------|-----|----------------------------|----|
| Capítulo | I | El tiempo..... | 1 |
| " | II | El espacio..... | 7 |
| " | III | Los mundos..... | 11 |
| " | IV | Los seres organizados..... | 14 |
| " | V | Las inteligencias..... | 20 |

LIBRO II.

EL CRIADOR. ®

| | | | |
|----------|-----|----------------------------|----|
| Capítulo | I | Orden en la creacion..... | 43 |
| " | II | La materia creada..... | 47 |
| " | III | Seres vivos creados..... | 50 |
| " | IV | Inteligencias creadas..... | 61 |
| " | V | Dios criador..... | 64 |

LIBRO III.

CRIATURAS.

| | | |
|------------|---|----|
| Capítulo I | Las plantas y los animales; necesidad de la muerte..... | 67 |
| II | Individualidad persistente del alma..... | 78 |
| III | El bien y el mal; responsabilidad. El bien y el mal físico..... | 92 |
| | El bien moral y el mal moral... | 93 |
| | Responsabilidad, progresión, regresión..... | 96 |
| | | 99 |

LIBRO IV.

DERECHOS Y DEBERES.

| | | |
|------------|--|-----|
| Capítulo I | Derechos y deberes del hombre respecto á las demas criaturas..... | 105 |
| II | Deberes del hombre para con él mismo..... | 108 |
| III | Derechos y deberes del hombre para con la humanidad. Libertad (derecho)..... | 112 |
| | Ignaldad (derecho)..... | 116 |
| | Fraternidad (deber)..... | 119 |
| | Progreso; deber de tomar parte en él; porvenir de la humanidad. | 121 |
| IV | Deberes del hombre para con Dios. | 127 |
| | Notas del traductor..... | 131 |

DE NUEV
BLIOTEC